

LA REVOLUCIÓN DE LA SANGRE



Rodolfo Arnedo
Oswaldo Rebolleda

LA REVOLUCIÓN DE LA SANGRE



Rodolfo Arnedo
Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Revisión solamente ortográfica **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....5

Capítulo uno:

La Palabra nos dirige a la Sangre.....10
Rodolfo Arnedo

Capítulo dos:

La enseñanza de Jesús sobre la Sangre.....25
Osvaldo Rebolleda

Capítulo tres:

La obra del Calvario (Parte 1).....37
Rodolfo Arnedo

Capítulo cuatro:

La obra del Calvario (Parte 2).....49
Rodolfo Arnedo

Capítulo cinco:

La enseñanza apostólica sobre la Sangre.....65
Osvaldo Rebolleda

Capítulo seis:

Redimidos por la Sangre.....76
Oswaldo Rebolleda

Capítulo siete:

Activando e poder de la Sangre.....88
Rodolfo Arnedo

Capítulo ocho:

La comunión por la Sangre.....99
Rodolfo Arnedo

Capítulo nueve:

Acerquémonos a Su presencia.....107
Oswaldo Rebolleda

Reconocimientos.....120

Sobre los autores.....123



INTRODUCCIÓN

“El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados”.

Colosenses 1:13 y 14

En la vida del Reino, la sangre ocupa un rol fundamental, aunque es muy probable que en los primeros años como cristianos no comprendamos los motivos de esto. Desde nuestra conversión, mencionar la sangre se vuelve algo absolutamente normal y creemos que es poderoso, pero la verdad es que no entendemos las razones, porque no conocemos la realidad espiritual que se esconde en la sangre.

Lo que nos ocurre, es que escuchamos las palabras de nuestros líderes respecto a que “la sangre de Cristo tiene poder”, y generalmente lo repetimos, pero pocas veces vemos hermanos con una verdadera comprensión de lo que eso implica. De hecho, es muy común que, ante algún conflicto o situación de peligro, algún hermano declare: “¡Me cubro con la sangre de Cristo!” El problema es que si le preguntamos cuál es el motivo de dicha acción, generalmente no saben por qué lo dicen.

Pensar en cubrirse con sangre, o en beber sangre tal como declaramos en la Santa Cena, es algo muy impactante, y aunque sabemos que esto obedece al plano espiritual,

debería causarnos un impacto suficiente como para averiguar los motivos y la dinámica de todo esto.

Este libro persigue el objetivo de profundizar en este apasionante tema de la sangre de Cristo. Entendemos muy bien, que ya existen otros libros que tocan este tema con profundidad, pero nos propusimos intentarlo nosotros también, por lo que genera en el mundo espiritual el genuino poder de la sangre de Cristo, y consideramos que nuestra serie de libros sobre la revolución no podía prescindir de un tema tan profundo y extraordinario como este.

Además, entendemos que contribuir con un libro más sobre este tema no solo no afecta a los demás autores, sino que puede ocupar de manera diferente algunos conceptos que ellos pueden no cubrir. Por otra parte, entendemos que hay algunas personas que, a través de los años, han permitido y permiten que nosotros podamos ser un canal de enseñanza confiable para ellos, y con ellos cumplimos. Esto nos deja muy claro que no seremos novedosos al escudriñar este tema, pero tampoco tenemos dudas de que haremos una valiosa contribución al llegar a hermanos que hasta el momento no han leído, o desean aprender más, sobre los misterios de la preciosa sangre de Jesucristo.

Lo primero que se nos ocurre pensar cuando mencionamos la sangre, es lo que conocemos de manera natural, como un líquido rojo que recorre nuestras venas, y que, a pesar de que la mayoría no comprendemos muy bien sus componentes, sabemos que sin ella no podríamos vivir.

En realidad, existe una especialidad dentro de la medicina llamada Hematología, que se encarga del estudio, diagnóstico, tratamiento y prevención de las enfermedades de la sangre y los órganos que la producen y la trasladan por el cuerpo.

La ciencia ha comprobado que la sangre circula a través de todo nuestro cuerpo en apenas veintitrés segundos y que está en constante movimiento, circulando por el corazón, las arterias, venas y aun a través de los vasos capilares. Dios nos ha creado de tal manera que nuestra vida depende absolutamente de que la sangre tenga acceso a cada órgano y parte de nuestro cuerpo.

Cuando la sangre no llega a un órgano vital, o cuando ha sido contaminada de manera que el cuerpo no ha logrado purificarla, no solo enfermamos, sino que podemos morir, porque “la vida de toda carne está en la sangre” (**Levítico 17:11**). A diferencia de las células, que se mantienen fijas en los respectivos órganos o tejidos del cuerpo, la sangre, impulsada por los latidos del corazón, se mantiene en constante movimiento a través de todo el cuerpo, para abastecer de nutrientes a las células y eliminar las toxinas o productos inservibles para nuestro cuerpo.

Por otra parte, la médula ósea es la que produce toda la sangre existente, y es reciclada y limpiada por ella misma cientos de veces al día. La cantidad de sangre en el cuerpo humano varía según la persona y se estima que oscila entre los 4,5 y los 6,5 litros. En general, la sangre representa

alrededor del 7 u 8 % de nuestro peso corporal. Si esto ya es un misterio, imaginemos lo que implica el trasfondo espiritual que tiene la Sangre de Cristo.

La sangre es bombeada por el corazón y oxigenada por los pulmones. Lleva nutrientes y oxígeno a las células, así como hormonas y otras sustancias; expulsa el dióxido de carbono y otros desechos; y sus agentes atacan y destruyen los gérmenes y otros invasores. Esto es como decir que la sangre es purificada para purificar y es recibida por cada parte de nuestro cuerpo para otorgarle vida.

También la sangre es la que nos genera fortaleza; y hace posible el crecimiento de los huesos, músculos de todo el cuerpo; y como hemos visto, es la protectora de nuestro organismo. La sangre es como la línea de defensa interna de nuestro cuerpo, porque es la que combate las enfermedades, las bacterias, los gérmenes y los microorganismos dañinos.

La sangre juega un rol fundamental en nuestro sistema inmunológico y nos permite mantener una temperatura relativamente constante en el cuerpo. Por lo tanto, la sangre es la precursora de la salud y del bienestar de nuestro cuerpo y de nuestro ser. Dios la creó de una manera especial y la ciencia todavía no entiende completamente cómo funciona; pero todos coinciden en que sin la sangre, la vida simplemente se termina.

Ahora simplemente meditemos que Cristo se hizo carne en Jesús, y vivió como hombre durante treinta y tres

años. Luego murió en la cruz como sacrificio por los pecados de toda la humanidad. Él derramó Su sangre y la presentó ante el Padre, quien la aceptó como perfecta, purificando a los hombres y dándonos vida. ¿No es esto un misterio extraordinario y digno de ser escudriñado?

Este libro persigue este objetivo y esperamos que sea muy revelador para muchos, porque esa sangre no solo tiene un incalculable valor y una inigualable tarea diaria, sino que, en estos más de dos mil años desde el suceso del Calvario, ha provocado una verdadera revolución en el mundo espiritual, y ciertamente todavía no ha concluido. Es por eso que los invitamos a leer con atención y entrega cada página de este valioso material.

“¡Oh, profundidad de las riquezas y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!”

Romanos 11:33

Autores:
Rodolfo Arnedo
Osvaldo Rebolleda



Capítulo uno

LA PALABRA NOS DIRIGE A LA SANGRE

Rodolfo Arnedo

¡Vengan, pongamos las cosas en claro!

- dice el Señor -

¿Son sus pecados como escarlata?

¿Quedarán blancos como la nieve!

¿Son rojos como la púrpura?

¿Quedarán como la lana!

Isaías 1:18

Anhelo mostrar lo que las Escrituras enseñan concerniente al glorioso poder de la sangre, porque ella contiene el magnífico poder de la redención. Es evidente que no hay una idea más continuada, constante, poderosa y prominente que la expresada por la Palabra. Por lo tanto, nuestra búsqueda es lo que las Escrituras nos enseñan acerca de la sangre.

El registro sobre la sangre comienza a las puertas del Edén. No voy a entrar en los misterios no revelados del Edén.

Pero, sin duda, encontramos rápidamente la conexión entre el pecado de los padres de la humanidad y el poder de la sangre.

Inmediatamente después de que Adán y Eva desobedecieron la orden de Dios, ambos se dieron cuenta de que eran culpables. Trataron de cubrir su culpa y vergüenza ante Dios, pero escogieron una forma muy absurda de taparse, dejando en claro que las soluciones humanas para resolver las consecuencias del pecado y la culpa nunca funcionaron.

Las hojas de higuera, al igual que las obras religiosas, nunca cubrirán al pecador culpable ni lo harán correcto ante Dios. Es por eso que Dios mismo eligió pieles para cubrir a Adán y Eva: ***“Y Jehová Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de pieles, y los vistió”*** (Génesis 3:21). En todas partes de las Escrituras, las prendas son símbolos de la justicia; toda la justicia suficiente de Dios o la justicia pretendida por los hombres.

El profeta Isaías escribió: ***“En gran manera me gozaré con Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas”*** (Isaías 61:10). El profeta también habla de la justicia propia en la siguiente declaración: ***“pues todos nosotros somos como cosa impura, todas nuestras justicias como trapo de inmundicia. Todos nosotros caímos***

como las hojas y nuestras maldades nos llevaron como el viento” (Isaías 64:6).

Las túnicas de piel con las que el Señor vistió a Adán y a Eva representan la justicia proporcionada por Él, en la cual ellos podrían estar en Su santa presencia. Detrás de esas prendas, lo que Dios hizo para Adán y Eva implicó sacrificio y muerte. Sin duda, Dios les dio instrucciones de algún tipo de sacrificio, porque al avanzar en la lectura encontramos el altar de Abel, con el cual podemos extraer evidencias con relativa facilidad.

Abel trajo de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas, y Dios lo tomó como un verdadero acto de adoración. Ese fue su sacrificio para el Señor, y allí derramó sangre en el primer acto de adoración registrado en la Biblia. Aprendemos que fue por la fe que Abel ofreció a Dios un sacrificio aceptable, y así su nombre permanece primero en el registro de aquellos a quienes la Biblia llama los héroes de la fe.

“Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo. Así tuvo el testimonio de haber agradado a Dios. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda”.

Hebreos 11:4

A la luz de la revelación de Dios, este testimonio, dado en el mismo comienzo de la historia de la humanidad, es de profunda significación. Muestra que no puede haber

acercamiento posible a Dios, ni comunión con Él por la fe, ni recibimiento de Sus dádivas y favores, aparte de la sangre.

La Escritura da solamente una breve información sobre los dieciséis siglos siguientes. Entonces llega el diluvio, como el juicio de Dios sobre el pecado, destruyendo así el mundo y la humanidad de aquella época. Pero de aquel terrible bautismo de agua, Dios creó una nueva tierra.

Sin embargo, la nueva tierra debe ser bautizada también con sangre. La primera acción de Noé, después de abandonar el arca, fue el ofrecimiento de un sacrificio quemado a Dios. Al igual que con Abel, un nuevo principio de la historia con Noé no pudo ser sin la sangre.

Pero una vez más prevaleció el pecado, y Dios restableció un fundamento completamente nuevo para Su reino en la tierra. Por medio del llamado divino a Abraham y el milagroso nacimiento de Isaac, Dios emprendió la formación de un pueblo que le sirviera. Pero este propósito no fue llevado a cabo separadamente del derramamiento de sangre. Esta fue, sin duda, la hora más solemne en la vida de Abraham.

Dios ya había entrado en relación con Abraham por medio del pacto; su fe había sido probada en forma muy severa, y había soportado y aprobado el juicio, lo cual le fue contado por justicia. Pero aún debía aprender que Isaac, el hijo de la promesa, quien pertenecía totalmente a Dios, podía ser ofrecido a Él solamente por medio de la muerte. Isaac

debía morir. Para Abraham, lo mismo que para Isaac, solamente por medio de la muerte podía obtenerse la verdadera vida. Abraham debía ofrecer a su hijo sobre el altar. ¿Por qué? Porque todo lo que muere lleva fruto; si no muere, queda solo y sin fruto (**Juan 12:24**).

Esto no constituía para Abraham un mandato arbitrario de Dios. Era la revelación de una verdad divina: que solamente a través de la muerte, una vida puede ser consagrada verdaderamente a Dios. Pero era posible para Isaac morir y levantarse de la muerte; puesto que, por la paga del pecado, la muerte debía de retenerle.

Pero veamos que, cuando su vida fue rendida a Dios, Él le procuró como sustituto un carnero. La vida de Isaac se conservó por medio de un sacrificio de sangre. Por esa sangre, sin embargo, él fue, en un sentido figurado, levantado de la muerte. La gran lección de la sustitución aparece en este pasaje con prominente importancia y claridad. Por la muerte de Jesucristo y el derramamiento de su Sangre, nosotros fuimos redimidos del pecado y de la condenación. Jesucristo fue el sustituto perfecto.

Pasaron cuatrocientos años, y de Isaac surgió en Egipto el pueblo de Israel. A través de su liberación de la esclavitud egipcia, Israel se reconocería como el primogénito de Dios entre las naciones. Ni la gracia de la elección de Dios, ni Su pacto con Abraham, ni el ejercicio de Su omnipotencia, el cual podría fácilmente haber destruido a todos sus enemigos,

podrían dispensarse sin la necesidad de derramamiento de sangre.

Lo que la sangre llevó a cabo en el monte Moriah para una persona, quien fue el padre de las naciones, debía ahora ser experimentado por dicha nación. Por medio del rociamiento de la sangre del cordero pascual en los dinteles de las puertas, de la celebración de la Pascua y de aquellas palabras: ***“Veré la sangre y pasaré de vosotros”***.

El pueblo fue enseñado que la vida solo podía obtenerse por medio de una vida cuya sangre se derramara en su lugar. La vida era posible para el pueblo de Dios solamente por medio de otra vida ofrecida por ellos, y apropiada por el renacimiento de aquella sangre derramada.

Cincuenta días más tarde, esta lección fue enfatizada en forma sobresaliente. Israel había llegado al Sinaí. Dios les había dado Su Ley como fundamento para el pacto. Este pacto debía ahora ser establecido, como está expresado en Hebreos 9:7: ***“No sin sangre”***. La sangre del sacrificio debía ser rociada, primero sobre el altar, y luego sobre el libro del pacto, representando la parte de Dios en dicho pacto; después sería rociada sobre el pueblo, con la declaración: ***“He aquí la sangre del pacto”*** (Éxodo 24:8).

Fue en esa sangre donde el pacto tenía su fundamento y su poder. Es solamente por medio de la sangre que Dios y el hombre, podían ser traídos a un pacto donde existiera la comunión entre ambos. Y exactamente eso fue lo que

consiguió nuestro Señor Jesucristo al comprarnos con Su sangre (**1 Pedro 1:18 y 19**).

Lo que había sido esbozado en el huerto del Edén, en el monte Ararat, en el monte Moriah y en la nación de Egipto, fue confirmado en el Sinaí de una manera mucho más solemne. Sin la sangre, el hombre pecador no podía tener acceso a la presencia de Dios. El sacrificio para tener tal acceso debía ser con derramamiento de sangre.

Hay, sin embargo, una diferencia bien marcada entre la manera en que se aplicó la sangre en los primeros casos comparados con el último. En el monte Moriah, la vida fue redimida por el derramamiento de sangre. En Egipto, fue rociada sobre las mismas personas. El contacto era más estrecho, más próximo, y por lo tanto, su aplicación fue más poderosa.

Inmediatamente después del establecimiento del pacto, fue dado el mandamiento: *“Y harán un santuario para Mí, y habitaré en medio de ellos”*. Disfrutarían así de la bendición de tener al Dios del pacto morando entre ellos. A través de Su gracia, podían encontrarle y servirle en Su casa.

Dios mismo dio los detalles más específicos, las directivas y órdenes para el arreglo y servicio de aquella casa. Pero notamos que la sangre era el centro y razón de todo esto. Acerquémonos en forma imaginaria al vestíbulo del templo terrenal del reino celestial, y la primera cosa que veremos es el altar para la ofrenda quemada, donde continuaba teniendo

lugar el rociamiento de la sangre, sin cesar, desde la mañana hasta el anochecer.

Entremos al lugar santo, y lo más sobresaliente que veremos será el altar de oro del incienso, el cual también, juntamente con el velo, era rociado constantemente con la sangre. ¿Qué es lo que está más allá del lugar santísimo? Es el lugar más santo de todos, donde mora Dios. Si nos preguntamos: ¿cómo mora Dios allí y cómo puede el hombre acercársele? Sabremos que esa acción, no podía llevarse a cabo a menos que fuera por medio de la sangre.

El trono de oro donde brilla Su gloria también era rociado con la sangre una vez al año, cuando el sumo sacerdote entraba solo para llevar la sangre y adorar a Dios. El acto más elevado y sublime en esa adoración era el rociamiento de la sangre. Siempre, y para cada ocasión, la sangre era lo indispensable.

En la consagración del templo, o de los sacerdotes, en el nacimiento de un niño, en la más profunda penitencia y ofrenda por el pecado, en la festividad más importante, siempre, y en toda ocasión, el camino a la adoración a Dios era sola y únicamente mediante la sangre.

Ese plan continuó por mil quinientos años. En el Sinaí, en el desierto, en el monte Moriah, hasta que nuestro Señor vino para acabar con la sombra de las cosas venideras y traer consigo mismo la verdadera sustancia que establecería la comunión con Dios, en espíritu y en verdad.

En el servicio de Dios tal como fue ordenado por Moisés para Israel, había dos ceremonias que debían observarse por parte del pueblo en preparación para poder acercarse a Dios. Estas eran las ofrendas o sacrificios y las limpiezas o purificaciones. Ambas debían observarse de diferente manera, y tenían el propósito de recordar al hombre cuán pecador era y los requisitos necesarios para acercarse a un Dios Santo.

Ambas tipificaban la redención por la cual el Señor Jesucristo restauraría la comunión entre el hombre y Dios. Las ofrendas que se llevaban al altar solamente pueden ser vistas como figura típica de la redención por medio de Cristo. La epístola a los Hebreos, sin embargo, enfatiza la mención de la purificación al limpiar nuestras conciencias de toda culpa para servir al Dios vivo (**Hebreos 9:12**).

Si podemos imaginarnos la vida de un israelita, podremos entender que la conciencia de pecado y la necesidad de redención eran despertadas de igual forma por la necesidad de purificación ante Dios, igual que por las ofrendas que se ofrecían.

La purificación era algo que la persona podía sentir y experimentar. Se sabía puro, y se sentía puro a causa de la sangre que había sido derramada a su favor. Acarreaba consigo un cambio, no solo en la relación del pecador con Dios, sino en la condición del mismo pecador. En la ofrenda del animal se hacía algo para él; en la purificación se hacía algo en él. La ofrenda era respecto a su culpa; la ofrecía por

su sentimiento de culpa ante Dios. La purificación tenía que ver con la contaminación del pecado. Ahora ya no se sentía una persona contaminada por el pecado.

“Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve”.

Salmo 51:7

La palabra usada por David es la que se usa más frecuentemente para la limpieza o purificación del que hubiera tocado un cuerpo muerto. El hisopo se usaba en tales casos. David oraba por algo más que el perdón. Él confesó que había sido formado en iniquidad, esto es, que él reconocía que su naturaleza era pecaminosa.

David pedía a Dios que pudiera hacerlo puro. ***“Lávame de mi pecado”***, decía el salmista. Más tarde usa la misma palabra cuando hace la siguiente oración: ***“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”*** (Salmo 51:10). En otras palabras, vuélveme puro delante de Ti. Por tanto, la purificación es mucho más que el perdón. Es saberse limpio delante de Dios, a causa de que hubo una sangre derramada a su favor.

De la misma manera esta palabra es usada por Ezequiel, y se refiere a una condición interna que debe de sufrir un cambio. Esto es evidencia en el capítulo 24:11 al 13 ***“En tu inmundicia lujuria padecerás, porque te limpié, y tú no te limpiaste de tu inmundicia; nunca más te limpiarás, hasta que yo sacie mi ira sobre tí”***. Más tarde, hablando del

nuevo Pacto Ezequiel 36:25 dice: ***“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré”***. Esto tiene que ver con el fuego purificador que menciona Malaquías: ***“Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a otro como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia”*** (Malaquías 3:3).

La purificación o limpieza por medio del agua, de la sangre, del fuego, eran todos tipos de lo que tendría lugar bajo el nuevo pacto; una limpieza interior y liberación total de la mancha o contaminación del pecado.

En el Nuevo Testamento se menciona menudo de un corazón limpio y puro. Nuestro Señor Jesucristo dijo: ***“Bienaventurados los de limpio corazón”*** Mateo 5:8. El Apóstol Pablo habla de ***“el amor nacido del corazón limpio”*** 1 Timoteo 1:5, y también habla de una ***“buena conciencia”***.

Pedro exhorta a sus lectores a amarse con un corazón puro: ***“Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro”*** (1 Pedro 1:22). Aquí se usa a misma palabra para puro y purificar. En otra parte de la Palabra de Dios, leemos de aquellos a quienes se los describe como pueblo de Dios, lo cual nos incluye, que Dios ha purificado nuestros corazones por la fe (**Hechos 15:9**).

“Quien se dio a Sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”

Tito 2:14

A nosotros los creyentes se nos aplica esta palabra: ***“Así que, amados, puesto que tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”*** (2 Corintios 7:1). Todas estas citas nos enseñan que la “purificación” es una obra interior en el corazón y que sigue al perdón de pecados. Esta obra purificadora se produce a través de la sangre. En 1 Juan 1:7 leemos que: ***“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”***.

Esta palabra ***“limpiar”*** no se refiere a la gracia del perdón recibido en la conversión; sino al efecto de la gracia de quienes andamos en la luz. Se nos dice que: ***“Si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con los otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpió de todo pecado”***. Este versículo se refiere a algo más que el perdón, y parece tener su lógica continuación en el versículo 9: ***“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, limpiarnos de toda maldad”***.

La limpieza es algo que viene después del perdón, es decir, como resultado de tal, por la recepción interna y experimental del poder de la sangre de Jesús en el corazón de cada creyente.

Esto tiene lugar, de acuerdo a la Palabra de Dios, primero, *en la purificación de la conciencia*. ¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin manchas a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? **(Hebreos 9:12)**.

La mención que hicimos de las cenizas de la becerro rociadas sobre el pecador, tipifica una experiencia personal con la preciosa sangre de Cristo. La conciencia no sólo es un juez que da sentencia a nuestros hechos, es también la voz interior que lleva testimonio de nuestra relación con Dios, y de la relación de Dios hacia nosotros. Cuando nuestra conciencia está purificada por la sangre, entonces lleva testimonio de que estamos agradando a Dios.

A través del Espíritu recibimos la experiencia interior que nos testifica que la sangre nos ha libertado de tal modo de la culpa y el poder del pecado, que podemos asegurar que en nuestra naturaleza regenerada, hemos escapado definitivamente de toda condenación.

El pecado aún mora en nuestra carne y nos asaltan diversas tentaciones, pero ya no tiene poder para gobernarnos. En otras palabras, ya no somos esclavos del pecado, y si en algún momento pecamos en algo, la sangre de Jesucristo nos mantiene puros.

La conciencia está “purificada”, y no hay ni sombra de separación entre Dios y nosotros, pues podemos mirarle en el

poder de la redención que ya fue efectuada a nuestro favor. ***“Más por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención, para que, como está escrito: El que se gloria, gloríese en el Señor”*** (1 Corintios 1:30).

La toma de conciencia purificada por la sangre lleva testimonio de una total y completa rendición. Si la conciencia está purificada, también lo está el corazón, del cual la conciencia es el centro.

En **Hebreos 10:22** leemos acerca de tener el corazón purificado de mala conciencia. Además, el corazón también debe ser purificado, incluyendo por tanto el intelecto, el entendimiento, que llevó a Cristo hasta la muerte. Y por la virtud del poder que le llevó de nuevo a los cielos, la muerte y resurrección de Cristo tienen un efecto eterno y siempre vigente. ***“La sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de todo pecado”***, implica el pecado heredado de Adán, así como todo pecado que cometamos durante nuestra vida en la tierra. Esto es de importancia capital en este tema.

Dios, por medio de la sangre, trata con el pecado en su totalidad. Cada operación de la sangre manifiesta su poder simultáneamente sobre la culpa y la contaminación del pecado. La reconciliación y la purificación van siempre juntas, y la sangre está operando continuamente a nuestro favor.

Muchas personas piensan que la sangre está estática allí, de manera que si hemos pecado otra vez, podemos volvernos nuevamente a ella para ser limpiados y purificados, pero no es así. De igual manera que una fuente natural, cuyo fluir es continuo y siempre mantiene fresco y purificado el sitio por donde corre, así ocurre con la gran Fuente abierta para el pecador (**Zacarías 13:1**). El poder eterno de la vida del Espíritu eterno obra a través de la sangre. Por medio de Él, el corazón puede habitar siempre bajo el torrente purificador de la sangre de Cristo.

En el Antiguo Testamento, la purificación era necesaria para cada pecado. En el Nuevo Testamento depende de Jesucristo, quien vive para siempre para interceder por nosotros. Cuando la fe ve y desea los beneficios de este hecho, el corazón puede morar cada momento bajo el poder protector y purificador de la sangre.

“Pero ahora a Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, se le ha dado un ministerio que es muy superior al sacerdocio antiguo porque él es mediador a nuestro favor de un mejor pacto con Dios basado en promesas mejores”.

Hebreos 8:6



Capítulo dos

LA ENSEÑANZA DE JESÚS SOBRE LA SANGRE

Oswaldo Rebolleda

Jesús les dijo: “De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.

Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”.

Juan 6:53 al 56

Con la venida de Jesús, la historia se dividió en dos. Las cosas viejas pasaron a ser un plano de enseñanzas, y todo se hizo nuevo a través de la revelación soberana. Cuando Juan el Bautista anunció Su venida, habló de Él como aquel que desarrollaría una doble tarea: quitar el pecado del mundo (**Juan 1:29**) y bautizar con Espíritu Santo y fuego (**Mateo 3:11**).

El derramamiento de la sangre del Cordero de Dios, con la cual se podrían quitar los pecados del mundo, debía

ocurrir antes del derramamiento del Espíritu Santo. Solamente cuando todo lo que el Antiguo Testamento enseñaba acerca de la sangre se hubiera cumplido, podría comenzar la dispensación del Espíritu. En otras palabras, Pentecostés no podría llegar antes que Getsemaní.

El mismo Señor Jesucristo declaró que Su muerte en la cruz era el propósito por el cual había venido al mundo; que le era necesario padecerla como requisito de redención. Las palabras registradas en Juan, capítulo seis, ciertamente sacudieron a todos Sus oyentes, incluidos Sus discípulos, varios de los cuales, después de oír esta enseñanza, decidieron no caminar más con Él (**Juan 6:66**).

No hay duda de que Sus palabras estremecieron a todos, no solo golpeando la razón de Sus detractores, sino también la de aquellos que habían visto Sus milagros y recibido con agrado Sus enseñanzas. Indudablemente, Jesús decidió pronunciar palabras trascendentes, capaces de generar dudas, enojo y traición. Estuvo dispuesto a decirlas más allá de las consecuencias. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿Por qué decidió hacerlo?

Jesús era el Hijo de Dios, por tanto, agradó al Padre que en Él habitara toda la plenitud y que, por medio de Él, reconciliara consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de Su cruz (**Colosenses 1:19 y 20**). Es decir, el Padre usó el medio de Su sangre para unir la

naturaleza humana y la divina. Por medio de esta sangre se produciría la reconciliación.

Según **Isaías 59:2**, los pecados produjeron una división entre Dios y los hombres, porque la paga del pecado es muerte (**Romanos 6:23**). Sin embargo, la vida está en la sangre (**Levítico 17:11**), y lo que el pecado rompió, solo la sangre podía restaurarlo. El problema era que esa sangre debía derramarse en muerte para producir vida. En otras palabras, no bastaba con el derramamiento de la sangre de Jesús, también era necesaria Su muerte.

El diseño de Dios no solo implicaba impartir vida eterna, sino también la complejidad de comunicarnos Su misma naturaleza, penetrando nuestra humanidad para formar con nosotros un solo ser, nada menos que el Nuevo Hombre. El Hijo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. Pero al morir, resucitar e impartirse a Sí mismo, continuó manifestándose espiritualmente a través de Su cuerpo: la Iglesia.

Esto nos ayuda a comprender por qué Jesús dio una enseñanza tan extraña y profunda a Sus discípulos. Estaba tratando de decirles, y decirnos a todos, que no solo era necesario tener fe en Él, sino también comprender las dimensiones de Su sangre y Su carne. Por eso Jesús no solo mencionó creer, sino también comer Su carne y beber Su sangre para obtener la vida eterna.

Hoy estamos acostumbrados a estas expresiones de Jesús, porque las leemos y enseñamos continuamente. Pero en aquella época, decir algo así era perturbador. Imaginemos a un pueblo judío, con un claro mandato de no consumir sangre animal ni ciertos alimentos, escuchar de pronto que debían comer carne humana y beber sangre humana. Ellos no entendieron aquello, y probablemente nosotros tampoco lo entenderíamos si un líder espiritual nos pidiera algo similar.

Lo que Jesús estaba enseñando no era algo natural, sino espiritual. Su vida eterna llegaría a través de Su muerte y resurrección, y Su Espíritu se haría uno con cada persona alcanzada por la regeneración. De la misma manera que el cuerpo necesita alimento, nuestro espíritu también necesita ser nutrido para la vida de resurrección.

Tal vez esto no se tenga muy en cuenta hoy en día, pero nuestro espíritu necesita alimentarse al igual que lo hace nuestro cuerpo. Por esta razón, Jesús hizo una analogía con lo que ocurrió durante el peregrinaje del pueblo en el desierto, diciendo: ***“De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, más mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo”*** (Juan 6:32). Ante la incertidumbre y el escepticismo de ellos, también les dijo: ***“Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que desciende del cielo, para que el que de él come, no muera”*** (Juan 6:49-50).

Debemos notar que el gran problema de la humanidad comenzó con una mala alimentación por parte de Adán y Eva. Por lo tanto, la redención incluye, de manera fundamental, la buena alimentación.

Era necesario que Jesús entregara Su vida, no solo como salvación, sino también como el buen alimento: “el Pan de Vida”. Todo ser viviente necesita, además de nacer, alimentarse para sobrevivir; de lo contrario, se debilitará y morirá. Lo que es una realidad en el plano terrenal, también es una verdad en el plano espiritual.

***“Porque mi carne es verdadera comida,
Y mi sangre es verdadera bebida.”***

Juan 6:55

Jesús estaba entregando una enseñanza tan sencilla y lógica como espiritualmente profunda. No estaba procurando establecer una nueva liturgia religiosa, como algunos pretenden; simplemente estaba utilizando la lógica de la vida con respecto a comer y beber. Lo que nos cuesta comprender es la dinámica espiritual. Entendemos con facilidad cómo funciona nuestro cuerpo, pero muchas veces no comprendemos nuestro espíritu.

Nuestro espíritu, al igual que nuestro cuerpo, necesita alimentarse cada día para vivir y permanecer fortalecido. No necesitamos que nadie nos insista para alimentarnos de forma natural; de hecho, ocurre lo contrario: debemos controlar

nuestros deseos para no comer de más o ingerir alimentos perjudiciales para nuestra salud.

De la misma manera, Jesús desea no solo hacerse presente en nuestro ser por Su Espíritu, sino también nutrirnos espiritualmente todos los días. Él no estaba enseñando la eucaristía ni la transustanciación, sino la lógica de la vida diaria. Estoy convencido de que la intención del Señor no era instituir el ritual de la Santa Cena para celebrarse una vez al mes o dos veces al año, sino que buscaba transmitir la verdadera comprensión de lo que significa una buena alimentación espiritual.

No tengo dudas de que una revelación de la vida vale mucho más que miles de liturgias religiosas. La Iglesia del primer siglo recibió esta enseñanza sin grandes protocolos, y por eso fue tan efectiva. Lamentablemente, la intervención humana terminó calando en la esencia de los actos, estableciendo estructuras que ocultaron la verdad de la vida que Jesús nos entregó. Creo que, de cara a los tiempos finales, será necesario que todas esas estructuras caigan definitivamente.

“Respondió Jesús y les dijo: De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre. Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?”

Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado”.

Juan 6:26 al 29

La fe en Su vida es la recepción de Su ser, no solo como la vivificación de nuestro espíritu, sino también como el sustento y fortalecimiento diario. Jesús no es alguien que conocimos en una campaña evangelística y que simplemente “aceptamos” como Señor y Salvador. Ese concepto es el resultado de una enseñanza religiosa errónea. Nosotros no “aceptamos” a Cristo; Él nos dio Su vida aun cuando estábamos muertos en delitos y pecados (**Efesios 2:5**).

La regeneración no tiene que ver con una aceptación humana, sino con una elección y determinación divina. Nosotros no lo encontramos a Él, porque los perdidos éramos nosotros. No lo elegimos, sino que Él nos escogió a nosotros (**Efesios 1:4 al 6**). Su llegada produjo nuestra regeneración: Él se introdujo en nuestro ser, y nosotros fuimos introducidos en Su cuerpo. Esto implica que la llegada de Cristo a nuestra vida no genera simplemente una relación con Dios, sino una comunión verdadera con Su Espíritu (**1 Corintios 6:17**).

Cuando el Señor nos otorga entrada a Su Reino a través de la regeneración, el Espíritu de Dios se une a nuestro espíritu, transformándonos en nuevas criaturas. A partir de ese momento, crecemos y nos fortalecemos mediante el alimento espiritual, que es la Palabra de Dios revelada. Lo que nos alimenta no es solo leer la Biblia, aunque ciertamente

debemos hacerlo, sino recibir la vida que proviene de la Palabra revelada.

La letra por sí sola no produce vida; genera estructuras mentales, intelectuales y religiosas que no contribuyen al Reino. Sin embargo, la Palabra ministrada por el Espíritu Santo produce vida y luz. Esto desarrolla y fortalece nuestro espíritu, permitiéndonos comprender la importancia de recibir espiritualmente la carne y la sangre de Cristo.

Por ejemplo, cuando los elementos utilizados en la Santa Cena son santificados para la comunión espiritual, la presencia de Cristo se hace real en el plano espiritual. No se trata de la transubstanciación, un término filosófico que la Iglesia Católica usa para explicar lo que consideran un milagro en el misterio de la Eucaristía.

La idea de la transubstanciación fue originada por Santo Tomás de Aquino y es una doctrina de la Iglesia Católica Romana que describe el cambio que ocurre en el pan y el vino durante la consagración de la misa. Según esta creencia, la sustancia del pan se convierte literalmente en el cuerpo de Cristo, y la sustancia del vino, en Su sangre, mientras ambos elementos conservan su apariencia, olor y sabor.

Los católicos interpretan el pasaje de Juan capítulo 6 de manera literal y lo aplican a la Cena del Señor, a la que llaman la “Eucaristía”. Sin embargo, Jesús aclaró en Juan 6:63: *“El espíritu es el que da vida; la carne para nada*

aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.” Esto deja claro que Sus palabras son espíritu. Jesús usaba conceptos físicos, como comer y beber, para enseñar una verdad espiritual. Así como consumir comida y bebida sostiene nuestros cuerpos físicos, nuestras vidas espirituales son sostenidas y edificadas al recibir a Jesucristo por gracia mediante la fe.

Las Escrituras declaran que la Cena del Señor es un memorial del cuerpo y la sangre de Cristo (**Lucas 22:19; 1 Corintios 11:24 y 25**), no la consumición literal de Su cuerpo y sangre física. Además, cuando Jesús habló en Juan capítulo 6, aún no había instituido la Cena del Señor con Sus discípulos, lo que refuerza que no debemos asignarle esta interpretación.

La transustanciación debe ser rechazada principalmente porque, según la Iglesia Católica Romana, se trata de un “re-sacrificio” continuo de Jesucristo por nuestros pecados, como si en cada misa se volviera a realizar el sacrificio. Esto contradice directamente lo que dice la Escritura: que Jesús murió *“una sola vez”* y no necesita ser sacrificado nuevamente (**Hebreos 10:10; 1 Pedro 3:18**).

“Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del

*pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre,
ofreciéndose a sí mismo.”*

Hebreos 7:26 y 27

En la creencia judía, el pan era comparado con las Escrituras, y “comerlo” significaba leer y entender los pactos de Dios (**Deuteronomio 8:3**). En Juan 6, Jesús declara que Él es superior a la letra: *“Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás”* (Juan 6:35). No está ordenando a las personas comer literalmente Su carne y beber Su sangre, sino que está señalando el corazón de toda la doctrina cristiana: creer en Jesús Mismo. *“Esta es la obra de Dios, que creáis en el que Él ha enviado”* (Juan 6:29).

En este pasaje también hay una analogía clara con los días de Moisés y el maná. En ese tiempo, el maná era la provisión de Dios para alimentar a los israelitas durante su peregrinación en el desierto. En Juan 6, Jesús clama ser el verdadero maná, el Pan del cielo, la completa provisión de Dios para la salvación. Así como el maná debía ser consumido para preservar la vida física de los israelitas, Jesús debe ser consumido espiritualmente para la preservación de la vida eterna.

Es evidente que Jesús se refería a Sí mismo como “el Pan de Vida” e instaba a Sus seguidores a “comer Su carne”, pero esto no debe interpretarse como un mandato literal relacionado con la Santa Cena o con la doctrina católica.

No cabe duda de que compartir el pan y el vino en la Cena del Señor es una bendición extraordinaria, y debemos practicarlo con frecuencia. Si comprendiéramos su verdadera trascendencia espiritual, no la veríamos como un mero ritual o ceremonia. La Santa Cena es mucho más que eso.

“Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.”

Mateo 26:26 al 28

La declaración de nuestro Señor en la última noche de Su vida terrenal es enfática. Antes de completar Su obra de redención, instituyó la Santa Cena con estas palabras, y debemos considerarlas con gran profundidad.

El Señor invita a “beber Su sangre”. Aunque parece una locura, Él nos está revelando el Nuevo Pacto. Su sangre derramada nos libera de la culpa y condenación del pecado, de la muerte y del castigo eterno. Por la fe, Su sangre nos confiere Su vida y nos introduce en Él. Esta sangre, primero presentada al Padre, también es aplicada a nuestra vida y tiene el poder de frenar al enemigo.

La sangre de Cristo nos une como renacidos en un solo Cuerpo, que se sustenta espiritualmente y se expande de la misma forma. El discernimiento planteado por el apóstol

Pablo en **1 Corintios 11:29** se refiere a los hermanos en la fe que comparten este vínculo con nosotros.

Lo que la sangre unió formando un Cuerpo sustentado espiritualmente no puede ser separado por ninguna fuerza infernal. Si logramos comprender estas verdades, como Iglesia alcanzaremos nuevas dimensiones de poder.

“Cuán grande y sin límites es su poder, el cual actúa en nosotros los creyentes. Este poder es el mismo que Dios mostró con tanta fuerza y potencia cuando resucitó a Cristo y lo hizo sentar a su derecha en el cielo, poniéndolo por encima de todo poder, autoridad, dominio y señorío, y por encima de todo lo que existe tanto en este mundo como en el venidero. Sometió todas las cosas bajo los pies de Cristo, y a Cristo mismo lo dio a la iglesia como cabeza de todo. Pues la iglesia es el cuerpo de Cristo, la plenitud de Cristo, que es quien lleva todas las cosas a su plenitud”

Efesios 1:19 al 23 DHH



Capítulo tres

LA OBRA DEL CALVARIO PARTE 1

Rodolfo Arnedo

“Con su cruz a cuestas, Jesús salió al Clavario, o Lugar de la Calavera, que en hebreo es Gólgota, y allí lo crucificaron”.

Juan 19:17 y 18 RVC

El propósito por el cual Jesús vino a la tierra fue para hacernos uno con Él por medio de su muerte y resurrección; vino a impartirse, a dispensarse, a derramarse dentro nuestro, para que nosotros, a través de la fe en Él, no solo fuéramos salvos para vida eterna, sino que recuperáramos el estado original, que Adán y Eva perdieron en el huerto del Edén por la desobediencia. O sea, cuando nos convertimos, Dios nos vuelve a Génesis uno, donde puso su imagen y semejanza dentro del hombre. Pero el hombre falló...

Y al hombre dijo:

“Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo:

No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida.”

Génesis 3:17

Esta primera pareja gozó de la abundancia, bienes, misericordia y bondad de Dios. Tristemente, cayeron en pecado y, con eso, la humanidad cargó con las consecuencias de este agravio delante de Dios, hasta que llegó Jesús para redimir a la humanidad del yugo del pecado por medio de su muerte en la cruz, y de su sangre derramada que limpia de toda maldad e iniquidad los corazones.

En el huerto no había enfermedad ni pobreza. Cuando Adán obedecía a Dios, tenían todo lo que necesitaban. Vivían literalmente en una tierra donde fluía leche y miel. Dios no creó al hombre y a la mujer para maldecirlos, sino para bendecirlos; pero el pecado trajo como consecuencia un estado de maldición.

Recordemos esto: “Dios no nos creó para ser malditos, pero el pecado abrió esa puerta sobre la humanidad, trayendo enfermedad, pobreza y muerte”. Cuando Adán desobedeció a Dios, cayó en maldición y el Señor tuvo que declarar juicio sobre su vida; y es ahí cuando ese pecado vino también sobre la tierra a consecuencia de su transgresión.

Aquí no solo fueron afectados los hombres, sino los animales, la tierra, y la forma como el hombre ganaría el fruto de su trabajo. Antes de la maldición, no estaba decretado que

la tierra produjera espinos y cardos; estos comenzaron a germinar como consecuencia de la maldición.

Todo aquel que ha recibido a Cristo en su corazón ha sido regenerado, limpiado, redimido, rescatado y vuelto al lugar original en el que Dios creó al hombre. Lo que redimió al hombre del pecado y lo devolvió a su estado original fue la sangre de Cristo. Hay un antes del pecado y un después del pecado. La sangre de Cristo trae redención del pecado, y de la maldición que este produce.

Si no reconocemos que la sangre de Cristo tiene el poder para redimir la vida y nuestro entorno de la maldición, toda la tierra seguirá bajo ese efecto de maldición. Cuando Adán pecó, ya no pudo seguir viviendo bajo el efecto de la abundancia y le tocó sobrevivir con sudor, fatiga y cansancio extremo. Desde ese día hasta hoy, al hombre le ha tocado sudar por todo lo que ha ganado en la vida.

La corona de espinas:

“Y pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante de él, le escarnecían, diciendo:

¡Salve, Rey de los judíos!”

Mateo 27:29

¿Cómo era la corona de espinas? Las espinas de las zarzas medían entre 8 y 10 cm y su espesor era de 1 cm.

Después de que le incrustaron aquella corona, no fue sudor lo que salía de su cabeza, sino sangre.

El símbolo de la escasez, limitación, enfermedad, pobreza y miseria fue colocado en una corona de espinas que representaba el pecado, la maldición de la tierra (espinas y cardos producirá la tierra), y lo único poderoso para romper esa maldición no eran las espinas, sino la sangre de Cristo. Cuando las espinas traspasaron la cabeza de Jesús, estaban liberando a la humanidad de la maldición de la pobreza, miseria, escasez, el rechazo y el doble ánimo.

El hombre había recibido la miseria por el pecado de Adán, pero ahora estaba recibiendo la redención de la pobreza, la enfermedad y la muerte, por medio de la corona de espinas puesta en Jesús.

Lo que Satanás quiso usar para mal, Dios lo usaría para el bien de los que le aman. Cuando los soldados tomaron esas espinas, sin saberlo, y se las pusieron en la frente de Jesús, lo que hicieron fue un acto profético.

Por el poder de esa sangre no solo quedó roto el poder de la maldición de la pobreza, sino que los que hoy reclaman su sangre son ungidos para ser libres aún de la negatividad, del fracaso, la derrota y toda maldad que el enemigo haya colocado por medio de pensamientos cautivantes en lo más profundo de la mente de cada ser humano.

Una corona de espinas también representa las heridas del rechazo. Una frente herida significa que ha sido rechazada, no aceptada por su familia, vecinos, comunidad y compañeros. Su herida en la frente es señal del rechazo de su personalidad y, por qué no, del rechazo a sí mismo. La corona de espinas que cargó Jesús es una fuente de sanidad para nosotros.

La corona de espinas fue la que quebrantó nuestro doble ánimo. La palabra griega para doble ánimo es “*dipsuchos*”, que significa literalmente “doble alma”. Una persona en esta condición siempre está vacilante, indecisa, dubitativa, cambiante e inconsistente. Los sinónimos de doble ánimo incluyen: indeciso, inconsistente, impredecible, vacilante, dudoso, retrasado e inestable.

Las personas de doble ánimo tienen problemas para tomar decisiones y apegarse a ellas. También están siempre cambiando de opinión con respecto a las relaciones, carreras, ministerios e iglesias debido a la inestabilidad.

La doble mentalidad es el polo opuesto de la estabilidad, lo que significa que no es probable que cambie o falle, que está firmemente establecida, que no se mueve ni se altera con facilidad, que no pierde el equilibrio con facilidad. ¿Cuántos pueden decir que encajamos en esta descripción?

La doble mentalidad está relacionada con el trastorno psicótico llamado esquizofrenia, en el que la mente y la personalidad de un individuo se fragmentan y atormentan

tanto con delirios e inestabilidad que finalmente se vuelve incapaz de funcionar en sociedad.

La esquizofrenia a veces significa personalidad o mente divididas. Hay diferentes grados de esquizofrenia, y la mayoría de los grados no requieren hospitalización.

Pero la esquizofrenia severa es tratada por la psiquiatría con drogas y, como muestra la historia, incluso con tratamiento de choque debido a alucinaciones y delirios. Aunque la esquizofrenia y el doble ánimo no son exactamente lo mismo, utilizo el término doble ánimo porque la esquizofrenia generalmente se ve como una enfermedad mental grave y la mayoría ni siquiera consideraría la idea de que pueden ser esquizofrénicos.

La mayoría de las personas de doble ánimo se las arreglan para funcionar en la vida y tienen algunos éxitos, pero todavía tienen características de un espíritu de esquizofrenia, lo que hace que sean constantemente inestables en todas las áreas, sin tener nunca paz acerca de quiénes son o lo que pueden lograr. Es posible que no siempre lleguen al punto de locura que el mundo etiqueta como esquizofrenia.

Desobediencia, duda y orgullo:

Las tres formas principales que Satanás usa para mantenernos con doble ánimo son: desobediencia, duda y

orgullo. Notemos las mismas clases de conductas en las siguientes Escrituras:

Estas fueron tres respuestas que trajeron culpa a los hijos de Israel: ***“Este pueblo malo, que no quiere oír mis palabras,*** (desobedientes a la palabra de Dios) ***que anda en las imaginaciones de su corazón,*** (dudando de la provisión de Dios) ***y que va en pos de dioses ajenos...***” (Siguiendo y exaltando otras cosas además de Dios) (Jeremías 13:10).

Estas son también las mismas tres cosas que Satanás usó para tentar a Eva en el jardín del Edén: desobedecer la palabra de Dios, dudar que Él había provisto y hacer lo que quieran (**Génesis 3:1 al 7**). También son las mismas tácticas que muestra Mateo 4 cuando Satanás tienta a Jesús en el desierto: desobedecer la palabra de Dios, confiar en Satanás (no en Dios) y darse totalmente a Satanás (no a Dios).

Finalmente, son las tres mismas tentaciones de las que nos advierte el Apóstol Juan en su primera carta: ***“Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne,*** (que nos alejan de Su palabra) ***los deseos de los ojos,*** (dudar de Su provisión) ***y la vanagloria de la vida,*** (idolstrar otras cosas además de Dios) ***no proviene del Padre, sino del mundo***” (1 Juan 2:16).

Duda:

Una segunda forma en que el enemigo trata de mantenernos en doble ánimo es hacernos dudar del poder de

Dios para llevar a cabo Su palabra en nuestras vidas. Podemos definir “duda” (incredulidad) simplemente como no confiar en que Dios mantendrá Sus promesas (o que hará lo que prometió) y buscar en nosotros mismos, otras personas o cosas para satisfacer nuestras necesidades.

Primero, el enemigo trata de que desobedezcamos la palabra de Dios y no llevemos todo pensamiento cautivo. Si eso no funciona, entonces trata de hacernos dudar de la fidelidad de Dios en llevar a cabo Su palabra en nuestras vidas. Al enemigo le encanta carcomer nuestra confianza en Dios. Es un maestro en esto y conoce todas nuestras debilidades.

Nuestras necesidades básicas:

Esta duda en la honradez de Dios es una de las razones principales por las que tantos matrimonios cristianos están rompiéndose en este tiempo. Muchos de nosotros estamos buscando horizontalmente (el uno al otro) para llenar todas nuestras necesidades, en lugar de buscar verticalmente para que Dios por sí solo provea para nosotros.

No hay forma en el mundo en que podamos llenar las necesidades básicas de otra persona, sin importar con qué súper hombre o mujer estemos casados. Solo Dios puede hacer eso por nosotros. Y es solo cuando volteamos la mirada a Él y confiamos en que suplirá todas nuestras necesidades que seremos cristianos felices y contentos.

Dios nos promete en Su palabra que si “llevamos cautivo todo pensamiento” y le damos a Él todos nuestros temores, heridas, disgustos, ansiedades, confusiones, inseguridades, etc. Él entonces las quitará de nosotros ***“tan lejos como está el oriente del occidente”***, alinearán nuestros sentimientos con nuestras decisiones y llenará todas nuestras necesidades.

Filipenses 4:19 promete: ***“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”***. Esta es Su promesa y Él será fiel en hacer esto en nuestras vidas, si simplemente confiamos en Él. La duda ahoga Su Espíritu y bloquea lo que Él quiere hacer.

Orgullo:

La última forma en que Satanás trata de mantenernos con doble ánimo es el orgullo. El orgullo es una de las estrategias más mortales, porque afecta a muchas otras personas. El orgullo es simplemente entregarnos y seguir lo que pensamos, sentimos y deseamos en lugar de entregarnos totalmente a Dios. El orgullo es amar ***“agapao”*** a nosotros mismos y no a Dios. Es el “Yo” antes que Dios.

William Law en su libro “El poder del Espíritu” dice: *“Los hombres están muertos a Dios porque viven para sí mismos. Amor a sí mismos, autoestima, búsqueda de sí mismos, son la esencia principal y la vida del orgullo; y el diablo, padre del orgullo, nunca está ausente de esas pasiones, y tampoco pierde su influencia en ellas. Sin la*

muerte de mi ser, no hay escape del poder de Satanás en nosotros". No es de extrañar que tengamos tantos problemas grandes en el cuerpo de Cristo en estos tiempos.

La esencia del orgullo es la aseveración "Yo voy a". Recordemos a Lucifer en el Antiguo Testamento, que tenía un gran problema con el "Yo voy a". Leamos **Isaías 14:13 y 14** y escuchemos los cinco "Yo voy a" de Satanás.

"Te decías a ti mismo: "(Yo) voy a subir hasta el cielo, allí (Yo) pondré mi trono por encima de las estrellas de Dios. (Yo) reinaré desde la montaña donde viven los dioses. (Yo) subiré más allá de las nubes, y (Yo) seré como el Dios altísimo".

Isaías 14:13 y 14 BLS

Algunos de nuestros pensamientos personales de orgullo pueden ser: "No merezco esto", "Estoy cansado de ser lastimado por esta persona", "¿Por qué debería amarlo?", "Ya no me importa", "Puedo hacerlo por mí mismo", "Tengo derecho a pensar por mí mismo", "Tengo derecho de vivir mi propia vida", "No necesito la ayuda de Dios", etc.

Lo que estamos diciendo en esencia es que "mi" propia felicidad (yo mismo) es más importante que lo que Dios quiere. Aun si no nos damos cuenta, lo que estamos haciendo es ponernos sobre Dios diciendo "*Yo soy el que cuenta y nadie más*" (**Isaías 14:14**). Ahora bien, como cristianos, no deberíamos nunca ponernos conscientemente antes que Dios. Pero, lo queramos o no, cada vez que decidimos seguir

nuestros propios pensamientos y nuestros propios caminos, en lugar de lo que Dios nos dice, estamos cometiendo el pecado de orgullo, y Satanás se regocija.

El orgullo no es solamente desobedecer a la palabra de Dios y dudar de Su poder para cumplirla, sino no tener la voluntad para seguir a Dios. El orgullo es estar tan endurecido por nuestra propia forma de pensar que rechazamos ser corregidos o cambiados.

Humildad:

El orgullo entonces, es simplemente lo opuesto a la humildad. Humildad es poner a Dios y lo que Él quiere sobre lo que nosotros queremos, sin importar cómo nos sentimos, lo que pensamos o cuáles sean nuestras circunstancias. La esencia de la humildad es “Tu voluntad” en lugar del “Yo voy a...” del orgullo.

Una de las razones por las que Dios odia tanto el orgullo es porque automáticamente ahoga la vida de Dios y no se muestra en nuestras almas. Ciertamente nos hace vivir una mentira: nuestras palabras y hechos no son iguales. El resultado final es que el evangelio no es transmitido. Y, por supuesto, eso es justamente lo que Satanás quiere.

Entonces, de nuevo, estamos en una batalla de la mente. Quien controle nuestros pensamientos, controlará nuestras vidas. Cuando no entendemos cómo renovar nuestras mentes o ponernos la mente de Cristo, tenemos

doble ánimo, nos conformamos con el mundo y corremos el riesgo de fracasar estrepitosamente.

Sin embargo, si podemos aprender a quitarnos la basura y ponernos a Cristo (aun cuando no sentimos o pensamos que va a funcionar), entonces tenemos una oportunidad de ser de una sola mente, transformados a la imagen de Cristo y podremos estar firmes contra el enemigo de nuestras almas.

Por lo tanto, de nuevo, nuestros esfuerzos para cambiar no deben estar enfocados en nuestras acciones incorrectas, sino en nuestros pensamientos incorrectos. Tener una sola mente es la única cosa que nos libera de las mentiras de Satanás. Solo cuando “llevamos cautivo todo pensamiento” constantemente, quitando los desperdicios y poniéndonos la mente de Cristo, vamos a poder ganar la batalla contra el enemigo de nuestras almas y podremos caminar en una vida cristiana victoriosa.

“Las armas con que luchamos no son del mundo, sino que tienen el poder divino para derribar fortalezas. Destruimos argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevamos cautivo todo pensamiento para que se someta a Cristo”.

2 Corintios 10:4 y 5



Capítulo cuatro

LA OBRA DEL CALVARIO PARTE 2

Rodolfo Arnedo

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.”

Romanos 12:1- 2

Esta es la fórmula del éxito en la vida cristiana:

La sangre de Jesucristo que causó afrenta en su cabeza es la misma sangre que nos libra del doble ánimo. Es el poder de esa sangre el que se hace efectivo cuando lo creemos y lo vivimos. Nos revestimos de la sangre de Cristo que en todo momento nos da la victoria.

Desobediencia:

La primera forma en que Satanás pretende engañarnos es tratar de hacernos desobedientes. La palabra de Dios dice que debemos: ***“Llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estando prontos para castigar toda desobediencia...”***

En otras palabras, debemos quitarnos constantemente nuestros vanos pensamientos y funcionar en el poder de la mente de Cristo (**2 Corintios 10:5 y 6**). El enemigo está determinado a mantenernos consumidos y dependientes de nuestros propios pensamientos, heridas, temores, dudas, culpas, pasiones, recuerdos, preocupaciones, juicios, autocompasión, amargura, falta de perdón, murmuraciones, etc. Si él puede hacer esto, entonces solo iremos con la “marea de emoción” y terminaremos confundidos, desanimados y endurecidos de forma que no haremos nada de lo que dice la palabra de Dios.

Satanás pretende afectar nuestros sentidos, o susurrar a nuestros oídos constantemente: *“Haz lo que sientas hacer. Haz lo que creas que es lo mejor. No escuches a Dios. A Él no le importas. Él no te ama...”* La misma trampa que en el Edén: ***“De cierto no moriréis...”*** (Génesis 3:4). Satanás quiere que veamos todo lo que nos pasa desde nuestro punto de vista emocional y horizontal, no desde el punto de vista de Dios.

Pero así como estaba profetizado que Jesús moriría crucificado y no a latigazos, por eso solo le golpearon treinta y nueve veces. En ese momento se cumplió la profecía de

Isaías que había declarado seiscientos años antes, cuando dijo:

“Sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido”.

Isaías 53:4

Las heridas en la espalda representan el sentimiento de desprecio, indignidad e inutilidad. O sea, representan la falta de valor de la persona. Las personas heridas en sus espaldas se sienten apocadas, inútiles, indignas y sin valor. Por haber sido golpeadas, pierden el respeto y valor a sí mismas.

Se ha comprobado que existen treinta y nueve enfermedades llamadas “básicas” y que de ellas se derivan todas las otras enfermedades que existen, acompañadas por virus y bacterias. Cuando los romanos castigaban a los prisioneros con latigazos, estos desgarraban la piel, músculos y tejidos; en cada látigo que le dieron a Jesús se estaba rompiendo la maldición de la enfermedad que había venido como consecuencia del pecado. En cada azote se estaba proporcionando la sanidad para cada enfermedad. No era un látigo normal; tenía metal y huesos puntiagudos. Cada una de las enfermedades fue vencida por la sangre que salía de las llagas de su espalda. El autor a los hebreos escribió:

***“Jesucristo es el mismo ayer,
Hoy y por los siglos de los siglos”.***

Hebreos 13:8

Negar que Jesús sana hoy en día, es invalidar lo que Él hizo en la cruz, cuando tomó nuestro lugar y sufrió los azotes. Negarlo es decir que el pacto de Jesús con el Padre no fue verdadero. Él hizo un pacto de Sangre, que no solo incluye redención del alma, sino de la enfermedad y de la voluntad perdida.

La redención no solo tiene que ver con ser perdonado, sino con ser sanado, ser restaurado. La salvación es la sanidad en todo sentido, de las emociones, los traumas, las heridas emocionales y físicas; es sanidad integral o plena. Jesús se entregó voluntariamente para que el látigo pudiera flagelar su espalda, y como consecuencia de ello, nosotros recibiéramos sanidad física.

Una de las peores oraciones que puede salir de la boca de un cristiano es: “sáname Señor, si es Tu voluntad”. Debemos estar seguros de que es Su voluntad sanarnos, entonces podemos pedir con fe. El látigo de Roma flageló la espalda de Jesús treinta y nueve veces, y esa Sangre derramada te da la sanidad que nuestro cuerpo necesita cuando creemos en Él.

“Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”.

Isaías 53:5

La palabra “llaga” significa el golpe que desgarrar. Es decir, cuando oramos “por sus llagas hemos sido curados”,

estamos diciendo que por el golpe que desgarró la espalda flagelada de Jesús, tú has sido sano. El látigo con el que azotaron a Jesús estaba formado por varias tiras de cuero sueltas o trenzadas, de diferente largo, que tenían atadas a intervalos bolitas de hierro o pedazos afilados de hueso de oveja, con un pedazo de plomo en la punta.

Cuando el soldado romano azotaba vigorosamente la espalda de Jesús, las bolas de hierro causaban contusiones profundas y las tiras de cuero con huesos de oveja cortaban la piel. La sangre salía de la espalda de nuestro Salvador. Es muy probable que el mismo soldado romano que lo estaba lacerando fue salpicado con esa Sangre y haya sido sanado, pues en esa Sangre había poder.

Toda enfermedad viene de Satanás. Dios no creó a un Adán imperfecto; el pecado y la desobediencia generaron en el hombre todo tipo de enfermedades terribles, psicológicas, mentales, emocionales, sentimentales y físicas. Si estamos pasando por una prueba de dolor y enfermedad, debemos pelear la buena batalla de la fe, debemos apropiarnos del derecho legal que nos corresponde, y orar para que por la Sangre de Cristo derramada en su espalda flagelada, seamos sanados.

Él llevó nuestro dolor, nuestro azote, nuestra enfermedad, nuestras heridas, y no tenemos por qué seguir cargándolas. Esto es una cuestión de fe. No nos enojemos con Dios por lo que nos esté sucediendo; creamos en las promesas de Dios y peleemos por nuestra bendición.

Las manos traspasadas:

Así como para algunos las manos simbolizan calor, seguridad, protección, autoridad y amor, para otros que fueron maltratados, esas heridas simbolizan inseguridad, vulnerabilidad y desprotección. Normalmente, esas son personas que han sufrido en las manos de sus padres o algún familiar; simplemente fueron los que recibieron violencia familiar, ya sea física, psicológica o verbal.

Hay personas que no pueden cumplir sus labores habituales porque vienen de hogares con maltrato, donde eran castigados de alguna forma cuando no cumplían con los deberes cotidianos; luego se sienten amenazados, intimidados o asustados frente a un jefe que los trató mal o los ofendió.

¿Cuántos se sienten intimidados o amenazados porque no saben lo que es sentir el calor, la protección, el amor y la seguridad de un hogar sano? ¿Cuántos se sienten vulnerables e inseguros porque vivieron en hogares disfuncionales? ¿Cuántos temen la cercanía de otras personas porque fueron abusados en sus mismos hogares?

Debemos hacer énfasis en que la palabra redención quiere decir rescatar, comprar, recuperar y devolver las cosas a su estado original con las que Dios las creó. El Señor no creó al hombre para que sea esclavo de Satanás ni del pecado, sino para que la humanidad fuera gente con destino y propósito suyo sobre la tierra.

Jesús derramó su sangre para que nosotros recuperáramos el dominio perdido y fuéramos más que vencedores. Los clavos incrustados en las manos estaban logrando que nos fuera devuelto el dominio, el poder y la autoridad. Muchos hermanos andan huyendo del enemigo y tratando de esconderse de él; los cristianos no debemos operar con temor, no debemos estar a la defensiva ni quedarnos pasivamente ante la hostilidad espiritual.

Las manos de Jesús no fueron traspasadas por casualidad, ¡No! Esas manos fueron traspasadas por el pecado del hombre. No importa cuánta maldad u oposición encontremos, nosotros tenemos la autoridad y dominio en el Nombre de Jesús, para hacerle ofensiva y destruir aquello que el diablo quiere hacer para mal.

“Tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán”.

Marcos 16:18

Es tiempo de imponer manos sobre nuestros hijos y romper toda la iniquidad de nuestra familia en el poderoso Nombre de Jesús. Ponga sus manos sobre la almohada de su hijo y declare que aunque él esté lejos o esté rebelde, va a servir a Dios. Asimismo, levante sus manos hacia la escuela de su hijo y declare que nada malo que ahí se enseñe podrá venir sobre su generación.

Recordemos que nos ha sido devuelto el dominio espiritual por medio de la sangre derramada en las manos del Señor. Lo que Dios nos dice a través de Su Palabra es que hemos sido redimidos por la sangre de Jesús. Eso quiere decir que hemos sido rescatados y hemos vuelto al estado original. Necesitamos imponer las manos, imponerlas sobre todas las cosas, reclamar las bendiciones de Dios con autoridad y poder, en el Nombre de Jesús, y por la sangre de Jesús. Declarando que Sus manos derramaron vida y son de bendición.

Las heridas de los pies:

Estas heridas representan el temor que tiene paralizadas a muchas personas. Ese temor busca permanentemente deseos de escapar, de escondernos, de irnos de ciertas personas y lugares, lo que al mismo tiempo produce una sensación de angustia y soledad. Adán hizo exactamente eso:

“Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo porque estaba desnudo y me escondí”.

Génesis 3:10

El temor destruye todo tipo de crecimiento y conquista, destruye todo avance y prosperidad. La persona herida en sus pies no puede progresar, no puede alcanzar propósito alguno, no puede crecer, porque no puede caminar hacia adelante, simplemente está herida.

Las personas heridas en los pies están amedrentadas, o sea, controladas, manipuladas y dominadas por este espíritu de temor. Las personas heridas en los pies son personas que se sienten solas. Atravesar las vicisitudes de la vida solo es muy traumático. Todos necesitamos estar acompañados, pero las personas heridas sienten temor de que otros los dañen y no se permiten avanzar acompañados.

¿Dónde existe la primera proclamación del evangelio del Reino? Bueno, diría que en el mismo Génesis. En el momento en que el Señor estableció juicio en el Edén y describió las consecuencias del pecado, también dio una palabra profética para redimir a la humanidad. En **Génesis 3:15** dice que Dios pondrá enemistad entre Satanás y la mujer, y entre la simiente de él y la simiente de ella. El Señor dijo:

***“Ésta te herirá en la cabeza,
Y tú le herirás en el calcañar...”***

Génesis 3:15

Aquí se puede ver una profecía doble; Dios está maldiciendo a la serpiente natural (animal) y también le habla a la serpiente espiritual (Satanás) que luego se convertirá en el gran dragón.

Cuando Dios dice: ***“Y pondré enemistad entre ambas simientes”***, es porque el Señor maldijo a la serpiente espiritual (Satanás) declarándole que sería aplastada por el poder de Dios. En medio del juicio de Dios, Él trae un

resplandor de esperanza; la descendencia de la mujer (Jesucristo), un día derrotaría a la serpiente.

Antes de que Adán fuera expulsado del Edén, ya le estaba dando una promesa de liberación. Satanás solo podría herir el talón de Jesús, hacerle sufrir y causarle padecimiento y dolor, mientras que Cristo – dice la Palabra Profética – heriría la cabeza de Satanás, es decir, la destruiría con un golpe fatal y aplastante. Jesús sufrió el efecto de aquella herida hecha en el calcañar; Pablo, por ejemplo, les dice a los creyentes de Roma:

“Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies”.
Romanos 16:20

El Señor, al destruir la serpiente, a su vez indicaba que destruiría las maldiciones heredadas por ella: muerte, enfermedad, escasez, miseria. Aunque la simiente de la mujer estaría lastimada y herida en el calcañar, dejó la promesa de que la cabeza de la serpiente sería aplastada.

La palabra “herir”, ***“cuhf”*** significa en hebreo “aplastar, el que está al acecho de alguien”. Aplastar la cabeza es mucho más grave que lastimar el talón, porque si la cabeza está aplastada, el cuerpo no puede funcionar.

La batalla no comenzó en el cielo sino en el Edén. De ahí siguió a la tierra, donde Jesús derrotó a Satanás, y al final derrotará al maligno en el fin del gobierno del anticristo.

La palabra “pisar” en hebreo es “*darash*” y significa “caminar, marchar, pisotear”. La palabra “pisaréis” aparece 60 veces en el AT y significa “una manera intensa de saber en dónde estamos caminando”.

La sangre derramada por sus pies también nos redimió de nuestra falta de dominio, seguridad y autoridad; porque cuando Adán cayó en pecado, no solo perdió el dominio de sus manos, sino que fue expulsado del huerto del Edén, donde estaba su estabilidad, prosperidad y seguridad.

El hombre fue creado para ser la cabeza y corona de la creación. Los pies de Jesús y sus heridas nos devolvieron ese dominio que perdió el primer hombre.

El Señor le entregó este dominio a Adán y él lo perdió. Se lo dio a Israel y lo perdió; ahora se lo da a la Iglesia de Cristo. Gracias a la sangre derramada desde los pies de Cristo, estamos recibiendo el dominio que se nos había perdido. Si tenemos una actitud de agradecimiento hacia la sangre derramada de Jesús, estaremos reconociendo lo que sus pies hicieron por nosotros y por eso nunca más debemos dejarnos pisotear por Satanás.

Los heridos en el corazón:

Jesús murió con el corazón quebrantado por el peso de la agonía, la carga, el dolor y la desesperación del pecado. Hay un fenómeno físico que sucede en el cuerpo, cuando una persona muere, le estalla el corazón y le sale agua y sangre.

Se cree que la lanza atravesó no solo el costado sino también su corazón.

Cuando los soldados romanos necesitaban asegurarse de que la persona crucificada estaba muerta, clavaban una lanza en el costado, en el quinto espacio entre las costillas, directamente al corazón. La palabra nos dice que Jesús ya había perecido cuando su costado fue traspasado. La herida en el costado era el golpe de gracia, la forma final de asegurarse de que el reo había muerto.

Cuando Jesús, luego de haber resucitado, se apareció a sus discípulos asustados y escondidos. O al día siguiente cuando los encontró pescando, imaginemos qué situación tan vergonzante que habrán sufrido aquellos hombres, que ante los procesos de su líder, no tuvieron resiliencia, no se adaptaron a la adversidad que estaban viviendo y se llenaron de desesperanza, no superaron su estado adverso y escaparon volviendo a sus antiguas tareas de pesca.

Así son las personas que están heridas en el corazón, ante cualquier crisis o estado adverso retroceden, se marginan y pierden las esperanzas. Se rinden y se dan por vencidas. Se auto convencen de que ya no hay posibilidades u oportunidades y se rinden ante tal situación.

Los discípulos vivieron esto, aquellos valerosos hombres que habían dejado todo por seguirle, a causa del dolor y la angustia, se llenaron de desesperanza y volvieron a la pesca. Cuando perdemos las esperanzas, nos hacemos la

idea y nos auto convencemos de que ya no hay más posibilidades. “Nada va a cambiar, ya no lo intento más”, “Ya nada será igual”. ¿Les suena familiar?

Es precisamente la esperanza en un futuro diferente la que traerá cambios positivos a nuestras vidas. Las situaciones que hoy parecen imposibles de resolver, mañana serán solo un recuerdo de superación. Las personas heridas no pueden ver o creer en un futuro diferente, han perdido toda motivación y visión para creer que un día alcanzarán bendiciones.

Los discípulos escaparon a sus rutinas anteriores por miedo a que los líderes religiosos judíos los persiguieran y mataran también a ellos. El plan parecía no haber funcionado, y aunque Jesús se los había dicho varias veces, ni siquiera habían creído que realmente resucitaría...

“Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado”.

Marcos 16:14

Estaban heridos en el corazón, se sentían totalmente derrotados, sin deseos de volver a sus respectivos llamados, y aceptando su desencanto. ¿Cómo vamos a enfrentar nuestra vida sin proyectarnos a un objetivo y sin esperanza para lograrlo?

Jesús no solo vino para dar buenas nuevas a los pobres y a pregonar libertad a los cautivos, sino también para sanar a los quebrantados de corazón. Realmente, Jesús fue ungido con el poder de Dios, no solo para sanar la enfermedad y romper las cadenas de opresión que Satanás había colocado sobre el género humano, sino que también para quitar las cargas y los yugos de opresión, sanando a los quebrantados de corazón.

El Señor quiere que su pueblo viva en una actitud de gozo continuo y no en la angustia, ni en el agotamiento y el vacío que produce la vida de pecado. Las tinieblas que gobiernan el sistema, han hecho el perverso trabajo de impedir que la gente pueda ver la verdad. Nosotros podemos considerarnos privilegiados, al ser alcanzados por la gracia soberana del Señor. Debemos valorar eso y disfrutar todos los beneficios del Reino.

Cuando el costado de Jesús fue abierto y su corazón traspasado por la lanza romana, se cumplió una de las profecías que hasta el momento no se había cumplido: “que Él había venido a sanar a los quebrantados de corazón”. Por su costado abierto se desató la bendición, para que no hubiese personas tristes, resentidas, desesperanzadas y abatidas, sino que pudieran recibir el gozo y la alegría del Señor.

“El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”.

Juan 10:10

Lo que Satanás más desea robar, es el gozo y la esperanza de la gente; de hecho, después de todo lo que el Señor ha hecho por la humanidad y por nosotros los creyentes, si no tenemos el gozo que produce la esperanza, no podemos disfrutar de las bendiciones de Dios. Si no hay gozo y esperanza, no se tiene nada. Jesús vino a sanar a los quebrantados de corazón, a restaurarnos el gozo y la esperanza, y a renovar nuestras fuerzas.

Veamos Algunos detalles de los Beneficios:

1. *Elegidos para ser rociados* (**1Pedro 1:2**)
2. *Remisión de pecados* (**Mateo 26:28**)
3. *Nos da vida* (**Juan 6:53**)
4. *Permanencia en el hijo* (**Juan 6:56**)
5. *Fuimos comprados por su sangre.* (**Hechos 20:28**)
6. *Recibimos justificación* (**Romanos 5:9**)
7. *Tenemos comunión* (**1 Corintios 10:16**)
8. *Entrada al lugar Santísimo* (**Hebreos 10:19**)
9. *Nos santifica* (**Hebreos 10:29**)
10. *Limpia la conciencia* (**Hebreos 9:13**)
11. *Limpia de todo pecado* (**1 Juan.1:7**)
12. *Trae paz* (**Colosenses 1:20**)
13. *Hace pastor a Cristo/Nos hace aptos* (**Hebreos 13:20**)
14. *Abre el nuevo pacto* (**Lucas 22:20**)
15. *Trae propiciación* (**Romanos 3:25**)
16. *Trae redención* (**Efesios 1:7**)
17. *Nos acerca a Dios* (**Efesios 2:13**)
18. *Quita el pecado* (**Hebreos 10:4**)
19. *Pide misericordia* (**Hebreos 10:24**)

20. *Rescata de la vana manera de vivir* (**1Pedro 1:18-19**)
21. *Lava de pecado* (**Apocalipsis 1:5**)
22. *Emblanquece* (**Apocalipsis 7:14**)
23. *Vencemos por la sangre* (**Apocalipsis 12:11**)
24. *Obtenemos salvación* (**Éxodo 12:7**)
25. *Expiación* (**Ezequiel 45:19**)
26. *Resurrección* (**Juan 6:54**)
27. *Tiene precio* (**Mateo 27:6**)
28. *Es verdadera bebida* (**Juan 6:5**)



Capítulo cinco

LA ENSEÑANZA APOSTÓLICA SOBRE LA SANGRE

Oswaldo Rebolleda

“De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.

2 Corintios 5:16 y 17

Después de su redención y ascensión, dejó de importar si nuestro Señor había sido conocido por sus apóstoles “según la carne”; de hecho, ningún cristiano debería ser conocido o juzgado de esa manera. Es natural que nuestro entorno no cristiano nos vea físicamente tal como éramos y tal vez, sientan incredulidad respecto de ciertos cambios de conductas y valores que mostramos, pero debemos tener claro que estos no son meras modificaciones de una vieja naturaleza, sino el surgimiento y desarrollo de una nueva naturaleza recibida en Cristo.

Para la Iglesia que surgió después del Pentecostés, todo aquello que había sido simbólico e histórico para los judíos, había quedado atrás. Las profundas verdades espirituales, antes expresadas mediante símbolos y figuras, comenzaron a revelarse claramente a través del Nuevo Pacto, inaugurado cuando Jesucristo proclamó: **“Consumado es”**.

El Nuevo Pacto es, en esencia, el Pacto Eterno, pues el Cordero fue inmolado desde antes de la fundación del mundo (**Apocalipsis 13:8**). Sin embargo, este Pacto fue revelado a la humanidad a partir del Calvario. Este glorioso acuerdo nos otorga en Cristo, el perdón definitivo de los pecados y la purificación a través de su sacrificio, y mediante su propia sangre, a todos los que somos alcanzados por Su gracia soberana.

El elemento central del Nuevo Pacto es la sangre de Jesucristo. Como vimos en el Antiguo Testamento, se requerían sacrificios de sangre para la limpieza y la expiación cuando se transgredía la Ley. Pero bajo el Nuevo Pacto, Jesucristo ofreció su propio cuerpo en la cruz como un sacrificio único y perfecto, capaz de purificar de una vez por todas a quienes recibimos la gracia de la Fe (**Hebreos 10:10, 14**).

Este cambio profundo llevó a los apóstoles, que eran judíos, a replantearse lo que les estaba ocurriendo tras la resurrección de Jesús, e interpretar correctamente las Escrituras que conocían. Recordemos que, después de la crucifixión, todos ellos huyeron atemorizados. Fue entonces

cuando el Señor se les apareció, mostrando sus heridas y soplando sobre ellos el Espíritu por primera vez (**Juan 20:22**).

Después de esto, Jesús volvió a manifestarse a sus discípulos junto al mar de Tiberias, donde los encontró pescando nuevamente. Allí trató con Pedro, restaurándolo de la vergüenza y la culpa por haberlo negado públicamente. Luego los comisionó para la predicación del evangelio a todas las naciones.

No obstante, les pidió que no salieran de Jerusalén hasta recibir el poder que les concedería el Espíritu Santo, para ser testigos eficaces en toda Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra (**Hechos 1:8**). Comprender el significado de la frase “*recibirán poder*” requiere reflexionar sobre la pregunta que los discípulos hicieron en Hechos 1:6: “*Señor, ¿restaurarás en este tiempo el reino a Israel?*”.

El reino que ellos esperaban seguía siendo uno de naturaleza política y militar. Durante esa época, el poderío físico del imperio romano había dominado al pueblo judío durante décadas. Israel ya había sido ocupado antes, y la última vez un grupo de rebeldes logró expulsar a los invasores por la fuerza. Los discípulos, al igual que muchos de sus contemporáneos, esperaban que Jesús realizara algo igualmente heroico: un acto que demostrara la grandeza de Israel ante el mundo.

Esa era la expectativa que muchos seguidores de Jesús tenían antes de la crucifixión. Lo veían como un posible Mesías, un nuevo rey con la grandeza de David. Lo recibieron en Jerusalén con júbilo, pero al no ver que liderara una revolución armada, muchos lo abandonaron o incluso apoyaron su muerte.

Por esto, la crucifixión fue un golpe devastador para ellos, generando desilusión y una profunda confusión. Ninguno interpretó inmediatamente la cruz como un acto espiritual de expiación y salvación. Incluso después de la resurrección, algunos seguían esperando un gobierno terrenal y no la expansión de un Reino espiritual.

Sin embargo, la visión de poder que tenía Jesús era completamente distinta. Ellos recibirían poder, pero no para ejercer dominio político ni para emprender conflictos militares. El poder prometido era el del Espíritu Santo, que transformaría sus vidas en verdaderas moradas de Dios. Este poder sería extraordinario y fundamental para la expansión del evangelio. Pero, como observamos, los discípulos todavía no comprendían plenamente la dinámica del mensaje del evangelio, ni la magnitud de su misión.

“En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas

indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del Reino de Dios”.

Hechos 1:1 al 3

Algunos teólogos enseñan que el pacto mosaico fue defectuoso debido a la incapacidad de las personas para cumplir con su parte del trato. Sin embargo, creo firmemente que el pacto, según Dios, era muy bueno; los imperfectos eran los hombres. La incapacidad de salvar no residía en el pacto, sino en la debilidad humana. De hecho, la perfecta santidad de Jesús le permitió cumplir el pacto, y así no pudo ser retenido por la muerte.

El pacto establecido en la Ley de Dios no fue un error, sino una herramienta que expuso la perversión humana y permitió la exaltación de Jesucristo. Por el amoroso diseño de Dios, las promesas hechas al patriarca Abraham volvieron a resurgir, reemplazando las demandas del pacto mosaico. Dios eliminó el antiguo pacto y estableció el Nuevo Pacto en la sangre de Cristo (**Hebreos 8:8 al 13**).

Bajo los términos del Nuevo Pacto, Dios ejecutó justicia en la persona de Jesucristo para extender su misericordia sobre toda la humanidad. También prometió poner su Ley en la mente de quienes habrían de creer y escribirla en sus corazones (**Jeremías 31:33**). Esta profecía se refería a la venida del Espíritu Santo, quien moraría en todos los que, hasta el día de hoy, somos alcanzados por la gracia soberana, enseñándonos y ayudándonos a seguir los mandamientos del Señor (**Juan 14:26; Romanos 8:9 al 11**).

Aunque después de Pentecostés hubo una gran expansión de la fe entre judíos y gentiles, no existía aún una clara comprensión del diseño del Nuevo Pacto. Los apóstoles predicaban a Jesucristo como Señor y Salvador, y comenzaban a recordar sus enseñanzas, tanto las impartidas en los días de su carne como las posteriores a su resurrección. Asociaban estas enseñanzas con las Escrituras y poco a poco iban comprendiendo los verdaderos alcances del Nuevo Pacto.

La falta de entendimiento inicial sobre el rol de la sangre de Jesús no impidió su aplicación ni la expansión de la vida de la Iglesia. Los gentiles, al desconocer las Escrituras judías, no eran responsables de esta falta de claridad. Sin embargo, los apóstoles tuvieron un papel crucial en la correcta interpretación del mensaje del Nuevo Pacto.

La sangre de Cristo ocupa un lugar central y prominente en el Nuevo Pacto, siendo determinante para impartir vida y luz a cada cristiano. Los apóstoles fueron entendiendo esta verdad, aunque no sin dificultades. Recordemos el caso de Pedro, quien, influenciado por las presiones de los judíos, enseñaba a los creyentes gentiles a observar la Ley, fomentando la judaización.

Por supuesto, no debemos subestimar las dificultades de aquella época para interpretar el Nuevo Pacto. Incluso después de dos mil años, persisten desafíos interpretativos dentro del liderazgo de la Iglesia. Fue en este contexto que la

llegada de un nuevo apóstol llamado Pablo, resultó fundamental para la comprensión espiritual del Pacto Eterno.

Pablo recibió el evangelio por revelación y, con una profunda comprensión teológica, logró interpretar los misterios del Nuevo Pacto. Escribió algunas de las epístolas más esclarecedoras del Nuevo Testamento, incluyendo la carta a los Romanos. Tras una breve introducción, Pablo declara que todos los seres humanos, sin importar su origen o nacionalidad, son pecadores y, por tanto, no pueden tener comunión con Dios (**Romanos 1:18 a 3:20**).

Más adelante, Pablo explica de qué manera Dios, en Su justicia, trató con el pecado, haciendo posible la reconciliación con los hombres por medio de la sangre de Jesús: *“A quien Dios expuso públicamente como propiciación por su sangre, mediante la fe, para manifestar su justicia. Porque en su paciencia, Dios había pasado por alto los pecados cometidos anteriormente”* (Romanos 3:25).

Pablo enfatizó que la fe en la obra de Jesús en la cruz, es fundamental para nuestra justificación y salvación: *“Con mucha más razón, ahora que hemos sido justificados por su sangre, seremos salvos de la ira de Dios por medio de Él”* (Romanos 5:9). Con estas palabras, Pablo buscaba dejar claro que la justicia de Jesús nos proporciona seguridad, para que nadie dependa de su propia justicia.

En su epístola a los Efesios, Pablo profundiza en las riquezas del evangelio. Es en esta carta donde escribe: *“En*

él tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados según las riquezas de su gracia” (Efesios 1:7).

En la misma carta, Pablo se dirige a los miembros gentiles de la Iglesia (**Efesios 2:11**), posiblemente conversos recientes sin gran conocimiento de las Escrituras, que podían ser influenciados por los judaizantes. Escribió esta epístola para fortalecer su espiritualidad y testimonio, promoviendo la unidad entre judíos y gentiles. Les recordó: ***“Pero ahora, en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo”*** (Efesios 2:13).

Esa unidad no sería posible a través de la Ley, sino por medio de la gracia reconciliadora de Jesucristo. Por ello, Pablo volvió a destacar el poder redentor de la sangre en su carta a los colosenses escribiendo: ***“Él nos ha librado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención, el perdón de los pecados”*** (Colosenses 1:13-14).

Este traslado de gobierno fue efectuado por la sangre de Jesucristo, que asegura el perdón de los pecados para todos. Tanto los gentiles como los judíos podían descansar confiados en la obra integral de Cristo y en la paz garantizada por Su sangre preciosa:

“Porque agradó al Padre que en Él habitara toda la plenitud, y por medio de Él reconciliar todas las cosas consigo, habiendo hecho la paz por medio de la sangre de

su cruz, por medio de Él, repito, ya sean las que están en la tierra o las que están en los cielos”

Colosenses 1:19 y 20 RVR95

También encontramos en las epístolas de Juan, claras referencias a la encarnación de Cristo (**1 Juan 5:6**), y al poder redentor de su sangre, derramada por nuestros pecados. Juan resalta la gracia constante que fluye de ella: ***“Pero si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”*** (1 Juan 1:7).

Pedro, quien en sus inicios mostró una tendencia hacia el judaísmo, llegó a comprender con profundidad los fundamentos del Nuevo Pacto basado en la sangre de Cristo. En su primera epístola, menciona con vehemencia el incomparable poder de esa sangre, destacando la inutilidad de los esfuerzos humanos para alcanzar la redención:

“Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.”

1 Pedro 1:18 y 19

Sin embargo, la mayor revelación acerca de la sangre de Cristo probablemente la encontramos en la epístola a los Hebreos. Aunque no se menciona explícitamente al autor, existen indicios de que podría haber sido Pablo. Aun así,

respetamos el anonimato intencional del autor, quien escribió esta carta para los hebreos expatriados, conocedores de las Escrituras y de la dinámica sacerdotal del Antiguo Pacto.

Uno de los propósitos principales de esta carta fue mostrar que el servicio del templo había quedado obsoleto, ya que Dios había introducido la verdadera esencia de aquello que los ritos antiguos prefiguraban: “Cristo mismo” (Hebreos 7:22 al 25; 10:11 al 14).

En este escrito, el Espíritu Santo subraya la espiritualidad del propósito de Dios y exalta la sangre de Cristo, que otorga un valor eterno a todo lo que de ella se recibe. Sobre la obra perfecta de Jesucristo y los beneficios que nos proporciona, el autor escribe:

“Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención.

Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?

Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto...”

Hebreos 9:11 al 15

Estas palabras revelan la clara enseñanza del Espíritu Santo, respecto al poder central de la sangre de Cristo en nuestra redención. La expresión del Antiguo Pacto “No sin sangre” sigue siendo tan válida y vigente como entonces, mostrando la gracia divina y el poder transformador de la sangre de Jesucristo.

Nada, salvo la sangre de Jesús derramada en Su sacrificio por el pecado, puede cubrir nuestra culpa ante Dios, y eliminarla de nuestra conciencia. Depositar nuestra fe y confianza total en el poder de la sangre de Cristo, es lo que nos habilita para saber que hemos sido completamente perdonados, rescatados y redimidos.

“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”

Hebreos 10:14



Capítulo seis

REDIMIDOS POR LA SANGRE

Oswaldo Rebolleda

“Porque Dios los libró de ese modo de vida, que es poco provechoso, y que ustedes aprendieron de sus antepasados. Y bien saben ustedes que, para liberarlos, Dios no pagó con oro y plata, que son cosas que no duran; al contrario, pagó con la sangre preciosa de Cristo. Cuando Cristo murió en la cruz, fue ofrecido como sacrificio, como un cordero sin ningún defecto”.

1 Pedro 1:18 y 19 BLS

El derramamiento de la sangre de Jesús fue la culminación de sus sufrimientos y la máxima expresión de su sacrificio redentor. La eficacia expiatoria de esa entrega radica en la perfección de Su sangre. Por lo tanto, no debemos quedarnos satisfechos únicamente con la verdad de que hemos sido redimidos o comprados para Dios Padre; más bien, debemos anhelar un entendimiento más profundo de lo que esto realmente significa.

Los efectos de la obra comenzada en el Calvario y consumada en el Trono celestial son innumerables. Como hemos visto, la reconciliación con Dios fue alcanzada a través de la sangre; nuestra justificación es posible a través de la sangre; la santificación es un fruto de la sangre; nuestra comunión con Dios y entre los creyentes se sostiene a través de la sangre; el triunfo sobre las tinieblas se logra a través de la sangre; incluso la renovación de nuestra mente y la luz de la revelación llegan a nosotros a través de la vida que emana de la sangre de Cristo.

Estas verdades eternas forman parte de nuestra realidad espiritual y constituyen las riquezas incluidas en la redención por medio de la sangre. Es solo cuando obtenemos una revelación de este alcance que podemos experimentar plenamente el poder del "Nuevo Hombre" en Cristo.

Hacer las preguntas correctas puede llevarnos a una comprensión más clara de los misterios de la redención. Por ejemplo: ¿Dónde radica el poder de la sangre de Cristo? Como mencioné al principio, hablar, orar o cantar sobre el poder de la sangre es algo común entre los creyentes alcanzados por la gracia soberana de Dios. Sin embargo, la realidad es que muchos no saben explicar las razones detrás de este poder.

La sangre de Cristo tiene el poder de expiar un número infinito de pecados cometidos por un número infinito de personas a lo largo de los siglos. Todos aquellos que hemos depositado nuestra fe en esa sangre hemos sido salvados y

preservados para lo perfecto. Cuando Jesús derramó Su sangre en la cruz, eliminó la exigencia de la Ley de un continuo sacrificio de animales. La sangre ofrecida durante siglos nunca fue suficiente para limpiar permanentemente los pecados del pueblo; solo los cubría temporalmente, porque el pecado contra un Dios santo e infinito requiere un sacrificio santo e infinito.

Aun así, los sacrificios de animales servían como un recordatorio constante de las consecuencias del pecado y además fueron como una sombra de lo que habría de llegar en Cristo. Mientras que la sangre de toros y machos cabríos recordaba al pueblo su pecado, la sangre preciosa de Cristo, como un cordero sin mancha ni defecto, pagó completamente la deuda del pecado que debíamos a Dios. Gracias a este sacrificio perfecto, ya no se necesitan más sacrificios por el pecado.

Jesús, al proclamar “*¡Consumado es!*”, declaró que la obra de redención había sido completada para siempre (**Hebreos 9:12**).

El apóstol Pablo explicó que “*la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor*” (Romanos 6:23). El pecado es una rebelión contra Dios y contra Su voluntad. Este nos separa del Creador (**Isaías 59:2**) y del único que puede sustentarnos con verdadera vida (**1 Juan 5:12**).

El pecado nos condena a la muerte, primero espiritual y luego eterna. Sin embargo, al ser alcanzados por la gracia divina, somos rescatados de la muerte espiritual y preservados para la vida eterna, incluso más allá de la muerte física. Pablo reafirma esta verdad al decir que: *“La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro”* (Romanos 6:23).

La sangre de Cristo nos asegura y nos preserva limpios, pero, aun así, cuando pecamos, experimentamos síntomas de oscuridad. Es posible que nos sintamos culpables, vacíos, confundidos o desconectados de Dios. Actuar de manera contraria a la justicia que hemos recibido en Cristo es profundamente perturbador, porque la vida en el Espíritu nos revela lo que deseamos verdaderamente, pero todavía luchamos con los deseos pecaminosos de nuestra carne y nuestra alma.

Nuestros pecados, aun como creyentes, ofenden nuestra comunión con Dios y contristan al Espíritu Santo (**Efesios 4:30**). Aunque el pecado no anula la gracia que hemos recibido, enfrentarlo es doloroso porque conocemos la profundidad de su maldad y, sin embargo, muchas veces nos sentimos incapaces de evitarlo. Los deseos y emociones que florecen en desobediencia solo producen amargos frutos de dolor y sufrimiento.

Pensemos en la relación entre un niño y su padre. Cuando el niño desobedece, la relación con su padre se tensa. Aunque el amor del padre permanece inquebrantable y su

bienestar por el niño sigue intacto, el niño sabe que ha quebrantado la confianza de su padre y enfrenta las consecuencias de su acto. Al final, la relación será restaurada, pero la vergüenza, la culpa y el dolor son inevitables.

De manera similar, así ocurre con nuestro Padre celestial. Cuando nos rebelamos contra Su voluntad o Su santidad, nos alejamos de la Vida misma y experimentamos el dolor y el vacío que resultan de la separación. Sin embargo, cuando nos volvemos a Dios en arrepentimiento, somos restaurados a la vida espiritual, a la comunión con Él, y a un sentido renovado de propósito, justicia y libertad. Aun así, es mucho más glorioso y satisfactorio mantenernos en fidelidad constante hacia Él.

La paga del pecado es muerte, pero la vida está en la sangre (**Levítico 17:11**). Aquí radica el incomparable valor de la sangre perfecta de Jesús: el valor de la vida está directamente ligado al valor de la sangre que la contiene. En el Antiguo Pacto, la vida de un cordero o un macho cabrío tenía menos valor que la de un buey, y, por ende, la sangre de estos animales en los sacrificios también tenía menor valor (**Levítico 4:3, 14, 27**).

Por otro lado, la vida de un hombre tiene mucho más valor que la de cualquier animal. ¿Qué podemos decir, entonces, de la sangre de Jesús? Esa sangre preciosa y sin mancha proviene de la vida del Hijo Santo de Dios. En esa sangre está la vida eterna de la Deidad misma (**Hechos**

20:28). Con esa sangre, Jesucristo compró y santificó a Su Iglesia.

El poder de esa sangre no es nada menos que el poder eterno de Dios, y sobrepasa todo poder existente. Este poder no solo cubre el pecado, sino que lo elimina por completo. Al ofrecer su sangre en el altar celestial, Jesús aseguró la redención, rescatando a todos aquellos que se acercan a Él con arrepentimiento y fe.

Cuando pensamos en la sangre derramada, inevitablemente pensamos en la muerte. El derramamiento de sangre en los sacrificios del Antiguo Testamento era un diseño divino que simbolizaba la vida rendida a la muerte como expiación por el pecado. La sangre derramada en el altar cubría los pecados del transgresor, quien transfería simbólicamente su culpa al animal sacrificado. El pecado era contado sobre la víctima, cuya muerte sustituía el castigo que correspondía al pecador.

La sangre, entonces, representaba la vida ofrecida en obediencia al mandamiento de Dios, santificando Su Ley. El pecado era expiado y cubierto de tal manera que ya no era contado como culpa al transgresor. La sangre, por lo tanto, se convertía en un medio de preservación y restauración.

La sangre de Cristo, sin embargo, no solo cubre el pecado; lo despoja completamente de su poder. Esta sangre perfecta tiene un maravilloso poder para quitar el pecado y abrir los cielos para los pecadores. A quienes limpia y

santifica, los hace también plenamente aptos para la eternidad, asegurándoles una comunión eterna con Dios.

Algunos piensan que ante una confesión nuestra, la sangre aparece mágicamente para limpiarnos y, por tal motivo, creen que necesitamos la confesión continua de todo para ser salvos, pero eso no es así. Sería una tortura tener que confesar todo mal pensamiento, toda palabra, actitud o hecho pecaminoso en cada momento.

Es verdad que debemos confesar porque eso es reconocimiento y nos mantiene en justicia; de hecho, es indispensable para nuestra libertad si hemos cometido algún pecado de muerte. Pero nuestra salvación no permanece pendulando por causa de pensamientos, palabras y vanas acciones. La sangre no va y viene; la sangre nos ha limpiado de todo pecado pasado, presente y futuro.

Juan el Bautista no clamó en el desierto anunciando la llegada de un Cordero capaz de tapar pecados ni de limpiar pecados, sino de quitar los pecados del mundo (**Juan 1:29**). Esa es la garantía de la sangre, que es capaz de quitar definitivamente los pecados, y ese es el fundamento del evangelio del Reino que debemos predicar.

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno”.

Hebreos 13:20

Este es el glorioso diseño de la muerte expiatoria de Jesucristo: no solo murió en nuestro lugar, sino que, después de ofrecer Su propia sangre, se levantó de entre los muertos, porque el pecado no encontró en Él ninguna deuda que saldar. Jesús murió por nuestros pecados, pero resucitó por Su justicia. Nos condujo a la muerte con Él, pero nos introdujo definitivamente en la vida.

Fue por la virtud de Su sangre perfecta que Dios levantó a Jesús de entre los muertos. Aunque Dios utilizó Su magnífico poder para resucitarlo, lo hizo también en perfecta coherencia con Su justicia divina. El Señor Jesucristo vino a la tierra como el sustituto por el pecado, y al derramar Su sangre sin mancha, conquistó la muerte, obteniendo el derecho, como hombre, de acceder al poder de la resurrección.

La sangre de Cristo satisface por completo la ley y la justicia de Dios. Con ello, venció el poder del pecado, trayéndolo bajo Su dominio, y derrotó a la muerte, cuyo aguijón es el pecado. Así también destruyó al diablo, que tenía el poder de la muerte. Al derramar Su sangre, Jesús anuló el derecho del enemigo sobre nosotros. La muerte, el diablo y el infierno han sido derrotados para siempre.

***“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?
¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?
Ya que el aguijón de la muerte es el pecado,
Y el poder del pecado, la ley.***

Más gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

1 Corintios 15:55 al 57

Todo verdadero creyente puede reconocer la íntima conexión que existe entre la sangre de Cristo y el poder de Dios. Es exclusivamente a través de la sangre que Dios ejerce Su gran poder al tratar con los pecadores. Donde se aplica la sangre, el poder de la resurrección abre las puertas a la vida eterna. La sangre de Cristo ha puesto fin al dominio del pecado, la muerte y el infierno, y sus efectos trascienden toda comprensión humana.

“Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención”.

Hebreos 9:12

En el tabernáculo del Antiguo Testamento, la presencia manifiesta de Dios habitaba detrás del velo. Ningún poder humano podía apartar ese velo. Solo el sumo sacerdote, una vez al año, podía entrar en el lugar santísimo, y únicamente si llevaba consigo sangre, de lo contrario, moriría. Esto simbolizaba el poder del pecado sobre la carne, que separaba a la humanidad de Dios. La justicia eterna de Dios protegía la entrada al lugar santísimo, impidiendo que ninguna carne pudiera acercarse.

Pero ahora ha venido nuestro bendito Señor. No entró en el antiguo tabernáculo terrenal, sino en el verdadero, en el

celestial. Como nuestro sumo sacerdote y representante, Cristo solicitó para Sí y para todos los hijos de Adán el derecho de entrar en la presencia del Santísimo. Al hacerlo, nos confirma esta poderosa verdad: ***“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo”*** (Juan 17:24).

El Señor pidió al Padre que los cielos puedan estar abiertos para todos sus escogidos, incluso para el más perdido y malvado pecador alcanzado por la gracia. Este resultado glorioso está garantizado por medio de la sangre. Es únicamente a través de Su sangre que podemos acercarnos al Trono del Padre, en medio de las grandes realidades celestiales **(Hebreos 12:22 al 24)**.

El poder siempre vigente de esa sangre mantiene abiertos los cielos para los pecadores y hace descender torrentes de bendición sobre la tierra. Es a través de la sangre de Jesús, como mediador, que se lleva a cabo la obra intercesora. El trono de la gracia existe por siempre gracias al poder de Su sangre.

Así como la sangre ha anulado los poderes del pecado, de la tumba y del infierno, también ha abierto las puertas de los cielos para que podamos estar donde Él está. Esto nos sostiene en plena comunión espiritual, ya que Dios, por medio de esa sangre, lleva a cabo toda Su obra redentora con el hombre pecador, por quien fue derramada.

Las palabras: redimido, rescatado o comprado, tienen un profundo significado. Estas indican la liberación de la

esclavitud mediante el precio pagado. El pecador estaba esclavizado bajo el poder hostil de Satanás, pero la sangre que nos justifica ante el Padre también nos preserva de los ataques del mal.

La sangre es el documento legal de nuestra redención, la proclamación de libertad en el mundo espiritual. Dondequiera que la sangre es proclamada, es reconocida como el derecho legal de ingreso al Reino. En esta proclamación comienza la redención, que incluye una verdadera liberación de la vana manera de vivir.

El término redención abarca todo lo que Dios hace por un pecador: desde el perdón de los pecados hasta la total liberación que culmina en el cuerpo de resurrección. Tal como escribió el apóstol Pedro, somos elegidos según la presciencia de Dios Padre, en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo (**1 Pedro 1:2**).

Fuimos predestinados por Dios antes de la fundación del mundo. Su gracia nos trajo convicción mediante la verdad de Su Palabra. La proclamación de la vida en la sangre tocó nuestros corazones, produciendo luz (**Juan 1:4**). Nos otorgó arrepentimiento, despertó la fe y llenó nuestro ser de vida y gozo espiritual. ¿Qué más podemos hacer que alabarle y glorificarle por tanto amor?

El término redimir significa “comprar”, y en su contexto original hacía referencia al pago para liberar a un

esclavo. Aplicado a la muerte de Cristo en la cruz, significa exactamente eso. Si somos redimidos, nuestra condición previa era de esclavitud. Pero el Señor pagó nuestra libertad, y ya no estamos bajo el yugo del pecado. Por ello, debemos estar firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, sin volver jamás al horrendo yugo de la esclavitud (**Gálatas 5:1**).

Pablo escribió que en Cristo tenemos redención por Su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de Su gracia (**Efesios 1:7**). Esto asegura que en Él, tenemos una redención segura. En Cristo somos libres espiritualmente y capaces de experimentar esa libertad en todo nuestro ser.

Además, Pablo deja claro que el Padre logró esto para Su propia gloria (**Efesios 1:6, 12, 14**). Nuestra redención está en Sus manos, no en las nuestras, porque Él está comprometido con Su gloria. Pablo también afirma a los colosenses que en Cristo tenemos la redención, que es el perdón de nuestros pecados (**Colosenses 1:14**). Finalmente, si queda alguna duda sobre la seguridad de nuestra redención, Pablo nos recuerda que estamos sellados como propiedad exclusiva de Dios.

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”.

Efesios 4:30



Capítulo siete

ACTIVANDO EL PODER DE LA SANGRE

Rodolfo Arnedo

¿Cómo obra este glorioso poder?

O podemos hacernos otra pregunta: ¿en qué condiciones y bajo qué circunstancias puede ese poder asegurar en nosotros los resultados que promete?

Es por la fe:

La fe depende en gran medida del conocimiento. Si el conocimiento de lo que la sangre puede hacer por nosotros es escaso o imperfecto, la fe no puede alcanzar su máximo potencial. Los efectos poderosos y maravillosos de la sangre se tornan inalcanzables. El conocimiento es la puerta de entrada, que luego desciende al corazón. Como escribió el apóstol Pablo en su carta a los Romanos: ***“Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación”*** (10:10):

Aquellos que desconocen que las palabras de Dios, al igual que Él mismo, son inagotables, imperecederas y

todopoderosas, y que en cada una de ellas se esconde una bendición, no pueden experimentar una verdadera vida de gozo y victoria en el Reino.

Cuando el Espíritu Santo habla de la limpieza por la sangre, utiliza expresiones humanas imperfectas para describir los efectos y experiencias por los cuales la sangre revela su poder de dar vida espiritual. Las concepciones débiles y limitadas sobre su poder impiden que se manifiesten sus efectos más profundos y poderosos.

A medida que profundizamos en lo que enseñan las Escrituras acerca de la sangre, comprendemos que la fe en ella, incluso con el entendimiento limitado que tenemos ahora, puede producir en nosotros resultados mucho mayores de los que hemos experimentado hasta hoy. Además, promete innumerables bendiciones futuras.

Nuestra fe debe fortalecerse mediante un estudio cuidadoso sobre lo que la sangre ha logrado por nosotros. Tanto el cielo como el infierno dan testimonio de ello. La fe crecerá cada vez más al ejercitar la confianza en la fuerza infalible y la fidelidad de las promesas de Dios.

Cuando nos bañamos en agua y entramos en contacto con ella, nuestro cuerpo se limpia. De manera similar, la sangre de Jesús se describe como un manantial abierto para la purificación del pecado y la inmundicia (**Zacarías 13:1**). El contacto con esta sangre purifica nuestra alma. Por el poder del Espíritu Santo, las bendiciones fluyen como

torrentes desde el templo celestial. Por la fe, nos colocamos en estrecho contacto con este manantial celestial que es la sangre de Cristo, con la seguridad de que producirá sus maravillosos efectos en nosotros.

La relación entre el Espíritu y la sangre:

La Escritura conecta la sangre de Cristo muy estrechamente con el Espíritu Santo. Solo donde el Espíritu obra, el poder de la sangre puede manifestarse en todos sus maravillosos efectos. Como dice 1 Juan 5:8: ***“Tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan”***. Aquí, el agua se refiere al bautismo como testimonio público de arrepentimiento y muerte a la vieja vida, mientras que la sangre testifica de nuestra redención en Cristo. Es el Espíritu quien da poder tanto al agua como a la sangre.

“¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”

Hebreos 9:14

Fue por medio del Espíritu eterno que nuestro Señor ofreció Su sangre, dándole valor y poder. Es siempre a través del Espíritu que la sangre tiene un testimonio viviente, tanto en el cielo como en los corazones de los hombres. Nuestra revelación del poder de la sangre es producto de la operación del Espíritu Santo.

La sangre y el Espíritu siempre dan testimonio en unidad. Donde se honra la sangre mediante la fe o la predicación, el Espíritu está obrando; y donde Él obra, siempre guía las almas hacia la bendita sangre del Hijo. El Espíritu Santo no fue derramado hasta que la sangre fue ofrecida en el Calvario. Los lazos entre el Espíritu y la sangre son indisolubles: trabajan juntos en perfecta armonía.

Si deseamos que el poder de la sangre se manifieste en nuestras almas, debemos colocarnos bajo las enseñanzas benditas del Espíritu de Dios. Debemos creer firmemente que Él mora en nosotros, llevando a cabo Su obra en nuestros corazones, y vivir con la plena convicción de que el Espíritu Santo habita en nosotros como la semilla de la vida. Él mismo perfeccionará los poderosos efectos de la sangre en nuestras vidas.

A través del Espíritu, la sangre nos limpiará, santificará y nos unirá con Dios. Como escribió el apóstol Pedro, cuando deseaba que los creyentes escucharan la voz de Dios: “*Sed santos, porque Yo soy Santo*”. Por medio de esta exhortación, recordaba a sus lectores que habían sido redimidos y rescatados con la preciosa sangre de Cristo. Por consiguiente, la vida de santidad es accesible gracias a la limpieza permanente que brinda la sangre de Cristo.

El conocimiento necesario:

Los creyentes debemos recordar que hemos sido redimidos, y que la redención es la liberación de la

esclavitud. Pero lo más importante es que hemos sido redimidos ***“no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo”***.

Tener una percepción correcta del valor y poder de la sangre significa comprender tanto la perfecta redención como el poder para vivir una vida nueva y santa.

Amados hermanos, esta declaración nos concierne a todos los que hemos creído. Debemos entender que solo con un profundo conocimiento de la redención y de la sangre podemos experimentar plenamente su poder.

A medida que crecemos en nuestra comprensión del significado real de la redención y de la sangre, nuestra experiencia espiritual se enriquecerá. Pongámonos bajo la enseñanza del Espíritu Santo, quien nos guiará hacia un conocimiento más profundo de la redención a través de la preciosa sangre de Cristo.

Necesidad y deseo: los elementos esenciales

Dos cosas son necesarias para experimentar plenamente el poder de la sangre.

Primero: Sentido de necesidad y deseo profundo

Es fundamental tener un profundo sentido de necesidad, acompañado por un deseo ferviente de comprender mejor estas verdades. La sangre fue derramada

para quitar de en medio el pecado, la muerte y la vida de derrota espiritual. Su poder neutraliza toda fuerza espiritual que actúe en nuestra contra.

He sido testigo, en el contexto de liberaciones, de que no existe demonio, por grande o fuerte que sea, que pueda resistir al poder de la sangre de Cristo. Sin embargo, con frecuencia, nos conformamos con un conocimiento inicial sobre la liberación del pecado, creyendo que no hay nada más que recibir de la sangre de Cristo.

Roguemos al Señor que todo aquello que sea pecado en nosotros se vuelva intolerable a nuestra conciencia. No nos conformemos con la idea de que, como redimidos, aún podemos vivir en contradicción con la voluntad de Dios.

Que el deseo de consagración y santidad crezca cada día más en nosotros. ¿No nos mueve el pensamiento de que la sangre preciosa de Cristo tiene maravillas aún más profundas por revelarnos? Si no tenemos un deseo vivo y real por la santidad, la liberación del pecado y una comunión más estrecha con Dios, nos será imposible recibir las bendiciones más sublimes que emanan de la preciosa sangre.

*¡Cuánto perdemos al no recibir esta
revelación plena de la sangre de Cristo!*

Segundo: Esperanza y expectativa activa

El deseo debe transformarse en esperanza y expectativa. A medida que profundizamos en la Palabra y la fe respecto a lo que la sangre ha hecho por nosotros, debemos mantener siempre presente lo que esta puede obrar en nuestras vidas.

Ni el sentido de indignidad, la ignorancia o la debilidad deben generar duda. La sangre actúa con un poder incesante en una vida rendida.

“Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.”

Romanos 5:8 y 9

Durante su vida, Jesús tomó nuestro lugar y cumplió todos los requisitos de la ley por nosotros. Obedeció en nuestro lugar. En su muerte, cargó con las consecuencias de nuestras transgresiones, cumpliendo así la ley por completo (**Gálatas 3:13**).

Gracias a su obra perfecta, Dios nos acepta como justos a través de Jesús. Esto significa que el diablo ya no tiene autoridad sobre nosotros. Los cargos que pesaban en nuestra contra han sido completamente anulados.

El segundo golpe que Jesús dio al enemigo en la cruz fue hacernos propiedad de Dios. Ahora sabemos que le pertenecemos.

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”

1 Corintios 6:19 y 20

A través del proceso de redención, Dios nos compró al precio de la sangre de su Hijo. Esto es lo que representa la salvación: poner nuestra confianza en la sangre de Jesús como el pago final por nuestros pecados. Él llevó sobre sí el juicio que merecíamos; no solo pagó por nuestros pecados, sino que nos compró. Ahora somos de Su propiedad.

“Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación. Ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros.”

1 Pedro 1:18 al 20

No somos salvos “a crédito”. El expediente de nuestra deuda lleva el sello: “Pagado por completo”. El precio que Jesús pagó con su sangre perfecta y sin pecado fue suficiente para cubrir toda la deuda de pecado, pasada, presente y futura. Ese es el poder eterno de su sangre.

Los santos del Antiguo Testamento miraban hacia el futuro en espera de esta redención. Nosotros, como creyentes del Nuevo Pacto, miramos hacia atrás, a la cruz, donde todo fue consumado.

“Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”.

Colosenses 2:13 al 15

La pregunta que debemos hacernos ahora es: ¿Cómo permanecemos en la Palabra de Dios, la perfecta ley de la libertad? La respuesta radica en aceptar lo que Dios dice acerca de nosotros en Su Palabra y hacer de ello nuestra realidad, porque esa es nuestra verdadera identidad en Cristo. Aquí hay algunos ejemplos de cómo Dios nos ve reflejados en el espejo de Su Palabra:

Somos la justicia de Dios (**2 Corintios 5:21**).

Aceptados en el Amado (**Efesios 1:6**).

Santos, escogidos y real sacerdocio (**1 Pedro 2:9**).

Sal y luz (**Efesios 5:8**).

Reyes y sacerdotes (**Apocalipsis 1:6**).

Hijos de Dios (**1 Juan 3:1-2**).

Ungidos (**2 Corintios 1:21**).

Llamados, justificados y glorificados (**Romanos 8:30**).

Muertos al pecado (**1 Pedro 2:24**).

En sanidad física (**1 Pedro 2:24**).

Vivos para Dios (**Romanos 6:11**).

Crucificados con Cristo (**Gálatas 2:20**).

Muertos, sepultados y resucitados en Él (**Colosenses 2:12**).

Tomar estos versículos y hacerlos nuestra confesión diaria, puede tener un impacto profundo en nuestras vidas. Confesar significa “decir lo mismo” o “estar de acuerdo con...” Cuando confesamos lo que la Palabra de Dios dice acerca de nosotros como verdad, y comenzamos a actuar y vivir de acuerdo con esa realidad, estamos permaneciendo en la “ley de la libertad”. Así, no seremos oidores olvidadizos, sino hacedores de la Palabra, como enseña **Santiago 1:22 al 25**.

Estas son solo algunas de las muchas cosas que Dios declara sobre nosotros en Cristo. Permanecer en Su Palabra implica confesar que esa persona que Él describe allí somos nosotros y actuar en consecuencia. Jesús prometió que conoceríamos la verdad, y esa verdad nos haría libres del pecado. Debemos comenzar a vernos como nuevas criaturas en Él, muertos al pasado. Al hacerlo, seremos liberados de la conciencia de pecado que nos esclaviza a los errores pasados.

“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.”

Romanos 6:11

El término “considerar” significa “mirar” o “reflexionar”. Por tanto, debemos mirarnos a nosotros mismos como muertos al pecado. Jesús dijo: ***“Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”*** (Juan 8:31 y 32).

Si seguimos hablando de nuestro pasado, reviviéndolo en nuestra mente y viviendo en constante remordimiento por nuestros errores, nunca seremos realmente libres.

Rindámonos a Cristo. Fijemos nuestros ojos y corazones en la sangre de Jesús. Abramos nuestro ser interior a Su poder. La sangre, sobre la cual está fundado el Trono de Gracia en los cielos, puede convertir nuestros corazones en el templo y trono de Dios.

Cobijémonos bajo el continuo rociamiento de la sangre. Oremos al Cordero de Dios para que haga Su sangre eficaz en nuestros corazones. Entonces experimentaremos que no hay nada comparable al maravilloso poder de la sangre de Jesús.



Capítulo ocho

LA COMUNIÓN POR LA SANGRE

Rodolfo Arnedo

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura.”

Hebreos 10:19 al 22

En estas palabras encontramos un resumen de los principales puntos que abordan las Buenas Nuevas acerca de la gracia de creer en el poder de la sangre de Cristo. Este mensaje también incluye la enseñanza del Espíritu Santo, tanto para los hebreos como para nosotros.

Cómo hemos analizado con Osvaldo, a causa del pecado, la humanidad fue apartada del paraíso, perdiendo la comunión con Dios. Sin embargo, desde el principio, en Su

infinita misericordia, Dios buscó restaurar esa comunión interrumpida.

Para este propósito, durante la era del Tabernáculo, Dios dio a Israel la promesa de un tiempo futuro en el que el velo de separación sería removido, permitiendo que Su pueblo habitara nuevamente en Su presencia. Este anhelo de comunión profunda también era el clamor de los santos del Antiguo Testamento, por eso los salmistas escribieron: ***“¿Cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?”*** (Salmos 42:2).

Aún hoy, algunos hijos de Dios bajo el Nuevo Pacto desconocen plenamente que el lugar santísimo ha sido abierto y que cada creyente tiene derecho a morar en la presencia de Dios. Por supuesto, comprendiendo que ahora ese santo lugar no es físico, sino espiritual.

Mis queridos hermanos y hermanas, quienes anhelamos experimentar el poder total de la redención lograda por nuestro Señor Jesús, atendamos cuidadosamente a lo que Dios nos ha preparado: En primer lugar ese lugar santísimo, que no es otro ámbito en el cual mora Su presencia. Un camino vivo y nuevo, que es la senda abierta por Jesucristo, quien además oficia de Sumo Sacerdote para interceder por nosotros.

Nos otorga personalmente el acceso por medio de Su la sangre preciosa de Jesús, nos otorga un corazón sincero, libre de dobleces y culpa. No otorga plena certidumbre de fe,

para que vivamos en una confianza inquebrantable respecto de sus promesas. Nos purifica la consciencia de todo mal deseo y de toda culpabilidad. Nos da acceso al lavamiento de la regeneración, es decir de la vida nueva que hemos recibido.

El propósito final de la redención lograda por Jesucristo es conducirnos al llamado lugar santísimo. Quien desconoce la plenitud de este acceso no puede disfrutar completamente de los beneficios de la redención por Su sangre, permanecer en una íntima comunión con el Padre.

En este Pacto, el lugar santísimo no es un espacio físico, sino espiritual y celestial; es la morada misma de Dios, donde Su presencia se revela de manera íntima, al cual tenemos acceso al entrar en Jesucristo y el que podemos disfrutar en nuestro corazón a través del Espíritu Santo.

Algunos señalan la plataforma delantera del salón de reunión como el altar del templo, pero el Pacto cambió y el templo somos nosotros, y el altar está en nuestro corazón a la vez que está en el tercer cielo. Reitero, bajo el Antiguo Pacto, el santuario era material y limitado a un lugar específico (**Hebreos 9:1, 8:2**). Los sacerdotes servían en la presencia de Dios dentro de este santuario terrenal. Sin embargo, bajo el Nuevo Pacto, el lugar santísimo es espiritual, accesible a través de la obra consumada de Cristo y el poder revelacional del Espíritu Santo. Ya no hay sacerdotes especialmente ungidos, todos somos sacerdotes y todos tenemos acceso en Cristo.

“Dios es Espíritu, y los que le adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad”

Juan 4:24

El Espíritu Santo nos capacita para entender y experimentar en nuestra vida la obra redentora de Cristo. Entrar y morar en el lugar santísimo significa caminar diariamente en la presencia de Dios, disfrutando de Su comunión y bendición. Dicha admisión a Su presencia pertenece a Dios, quien lo ha preparado para nosotros. Por medio de la sangre de Cristo, tenemos el derecho y el privilegio de acceder a Él con confianza.

“Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo”

Efesios 2:13

Por esta razón, la Escritura exalta el poder de la sangre: su valor radica en que contiene la vida del Hijo de Dios y fue derramada por nuestra redención. Ahora, los creyentes tenemos libertad para acercarnos confiadamente a Dios, gracias a esa preciosa sangre de Jesucristo.

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el lugar santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que Él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne”

Hebreos 10:19 y 20

La sangre de Cristo nos da el derecho de entrada; el camino nuevo y vivo nos otorga el poder para recorrerlo. Este camino, consagrado por Su carne rasgada, simboliza el sacrificio de Jesús, quien quitó el pecado y destruyó el poder de la carne.

El pecado, que había erigido el velo de separación, fue eliminado por Su muerte. Así como Cristo pasó por el velo rasgado, nosotros también debemos seguirle, aceptando la crucifixión de nuestra carne. La obra de la sangre de Cristo implica el sometimiento de la carne. Allí donde la sangre opera poderosamente, la carne es vencida y sometida bajo muerte.

Esto no se logra con esfuerzo humano, sino en el poder de Cristo. Los creyentes que están en Cristo han sido crucificados juntamente con Él, y la cruz es el lugar de la carne. Solo así podemos entrar al lugar santísimo, experimentando comunión plena con Dios.

¡Qué glorioso camino ha abierto Cristo para nosotros! Este camino, consagrado por Su sangre, nos conduce al lugar santísimo, donde podemos morar con Dios. Que el Espíritu Santo nos guíe en esta senda, permitiéndonos vivir en el poder del Espíritu, disfrutando de la comunión íntima con Dios, en la seguridad de Su presencia dentro del velo.

***“Y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios,
acerquémonos...”***

Hebreos 10:21 y 22

¡Alabado sea Dios! No solo contamos con la obra redentora de Cristo, sino también con la presencia del más santo y perfecto Sumo Sacerdote, nuestro Señor Jesús. Entramos al lugar santísimo no solo por la sangre y el camino nuevo y vivo, sino también porque Cristo mismo es nuestro Sumo Sacerdote sobre la casa de Dios.

En el santuario terrenal, los sacerdotes podían entrar únicamente por su relación con el Sumo Sacerdote. Solamente los hijos de Aarón podían ejercer este sacerdocio. De igual manera, nosotros tenemos acceso al lugar santísimo gracias a nuestra relación con Jesús, quien declaró al Padre: ***“He aquí, Yo y los hijos que Dios me dio”*** (Hebreos 2:13).

Cristo es el Gran Sumo Sacerdote, el verdadero Melquisedec, el Hijo eterno con un sacerdocio eterno e inmutable. La Epístola a los Hebreos nos enseña que Él está sentado en el trono, viviendo para interceder continuamente, y que ***“puede también salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios”*** (Hebreos 7:25).

Como Sumo Sacerdote sobre la casa de Dios, Jesús ha sido designado para presidir sobre todo el ministerio del lugar santísimo. Él es quien nos recibe y nos presenta al Padre, completando en nosotros el rociamiento de la sangre. A través de Su sangre, Cristo ha entrado al lugar santísimo y nos lleva consigo a habitar allí.

El Señor Jesús nos enseña todo lo relacionado con nuestro ministerio y deberes dentro del lugar santísimo. Aun

cuando nuestras oraciones y ofrendas espirituales sean débiles, Él las presenta ante el Padre, aceptándolas en Su perfecta intercesión. Cristo, como Sumo Sacerdote, nos imparte Su luz y poder celestial. Él nos concede vida en el Espíritu Santo, nos fortalece y nos guía por el camino nuevo y vivo que Su sacrificio abrió.

Cuando sintamos que el lugar santísimo parece demasiado elevado o que nos resulta difícil comprender el poder de Su sangre y cómo caminar en “el camino nuevo y vivo”, debemos mirar a Jesús. Él es nuestro Salvador, nuestro maestro, quien nos guía y hace posible nuestra permanencia.

Como Sumo Sacerdote sobre la casa de Dios, Él es nuestro auxilio en todo momento, dándonos la confianza y el poder necesarios para acercarnos a Dios.

Con la visión del lugar santísimo ante nosotros, recordemos que Dios nos espera allí. La sangre de Cristo nos otorga libertad, el camino nuevo y vivo nos lleva con seguridad, y el Sumo Sacerdote es nuestro constante apoyo. No permitamos que nada nos impida disfrutar de estas maravillosas bendiciones que Dios ha preparado para nosotros. Entremos con valentía al lugar santísimo. No dudemos ni retrocedamos. Estemos dispuestos a sacrificarlo todo por esta causa.

“Jesús es nuestro gran sacerdote que está al frente de la casa de Dios. Acerquémonos, pues, a Dios con un corazón sincero y una fe completamente segura, limpios nuestros

corazones de mala conciencia y lavados nuestros cuerpos con agua pura. Mantengámonos firmes, sin dudar, en la esperanza de la fe que profesamos, porque Dios cumplirá la promesa que nos ha hecho. Procuremos ayudarnos unos a otros a tener más amor y hacer el bien. No dejemos de asistir a nuestras reuniones, como hacen algunos, sino animémonos unos a otros; tanto más cuanto que vemos que el día del Señor se acerca”.

Hebreos 10:21 al 25 DHH



Capítulo nueve

ACERQUÉMONOS A SU PRESENCIA

Oswaldo Rebolleda

“Teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”.

Hebreos 10:21 al 25 VRV

Como expresamos anteriormente, no se tiene certeza de quién fue el escritor de la carta a los Hebreos. Aunque parece un escrito paulino, pudo haber sido redactado por Apolos, Bernabé, Silas, Felipe, Aquila o incluso Priscila, según afirman algunos estudiosos. Lo que sí podemos apreciar es que esta carta fue escrita por un hebreo para otros

hebreos, exhortándolos a dejar de actuar como tales en cuanto a las prácticas religiosas del antiguo pacto.

En la iglesia de los primeros siglos, muchos judíos creyentes cedían ante las presiones de los religiosos más ortodoxos, volviendo a los ritos y rituales del judaísmo para escapar de la creciente persecución. Por esta razón, la carta es una exhortación a que estos creyentes perseguidos continúen en la gracia de Jesucristo.

Como desarrolló Rodolfo en el capítulo anterior, la comparación clara entre el sacerdocio abolido y el nuevo sacerdocio en Cristo es absoluta. Así, se certifica que el gran Sumo Sacerdote sobre la casa de Dios es Jesucristo, y que en Él tenemos la soberana oportunidad de acercarnos al Padre con confianza, algo que nadie podía lograr en un pacto humanamente deficiente como el anterior.

El autor de la carta exhorta a que, aprovechando este extraordinario sacerdocio, nos acerquemos al Padre cuidando cuatro cosas fundamentales:

- Un corazón sincero.
- La plena certidumbre de fe.
- La purificación de los corazones de toda mala conciencia.
- Lavados los cuerpos con agua pura.

Observemos detenidamente qué significa cada uno de estos aspectos.

La predicación del Evangelio siempre comienza con un llamado al arrepentimiento y a la fe en Jesucristo. El hombre no puede recibir la gracia de Dios por fe, si sus pecados no le son perdonados. Existe una relación directa entre la fe y un “corazón sincero”, que solo puede lograrse mediante la operación del Espíritu Santo.

Es la gracia del Señor la que impulsa nuestra convicción, comprensión y aceptación de la verdad eterna. No podríamos acceder a esta verdad si la vida no nos tocara primero, otorgándonos luz. Las tinieblas y la muerte espiritual nos tenían impedidos de tal virtud (**Efesios 2:5**). Por esta razón, necesitamos de la gracia soberana.

A partir de entonces, nuestro corazón, despojado de la operación de las tinieblas, se vuelve sincero, transparente, íntegro y honesto con Dios, lo que nos permite rendirnos enteramente en cuerpo, alma y espíritu. Ningún pacto, desde el principio de la humanidad, hizo posible un acercamiento seguro a Dios para los hombres.

El corazón de un verdadero hijo de Dios desea sinceramente abandonar todo lo que sea necesario para rendirse a la autoridad y el poder del Reino. Las batallas siempre estarán presentes, pero la pasión por transitar el camino nuevo y vivo hacia la presencia del Padre será siempre más fuerte.

El nuevo corazón que Dios nos otorga en Cristo es un corazón sincero, gracias al poder del Espíritu Santo que mora

en nosotros. Solo debemos colocarnos celosamente del lado de la piedad, ejercitando nuestra voluntad contra las tentaciones y el pecado que aún mora en nuestra carne.

En las profundidades de nuestro ser, o incluso en la superficialidad de nuestros sentidos, el pecado procura imponerse despiadadamente, ya sea mediante formas conocidas o tratando de sorprendernos con sus engaños. El pecado no se rendirá jamás mientras tengamos como habitación este cuerpo de muerte. Sin embargo, debemos gozarnos en la gracia que nos sostiene y nos preserva cada día.

Dios ha hecho provisión para esta condición limitada que aún padecemos. El Espíritu Santo es la luz que nos advierte y la fuerza que nos sustenta, ya sea para no caer o para levantarnos todas las veces que sea necesario. Es la guía bajo la cual debemos someternos para que nos revele todo aquello que está oculto en nuestro corazón.

El Espíritu Santo es quien da testimonio a nuestro espíritu, ayudándonos a identificar y abandonar voluntariamente todo pensamiento, actitud o intención pecaminosa. Incluso cuando somos sorprendidos por nuestras bajezas, el Espíritu Santo nos afirma en el poder redentivo de la sangre de Cristo y nos sostiene en un estado de gracia permanente.

Debemos ser conscientes de nuestra dependencia y acercarnos confiadamente al trono de la gracia, sabiendo que

Dios no nos juzga según la perfección de nuestras acciones, sino según la honestidad y franqueza con que nos rendimos a la verdad de la obra consumada por Jesucristo. Esto no es una licencia para pecar, sino una virtud que nos otorga Su sangre perfecta para vivir en el Reino.

La fe ocupa un lugar fundamental en la relación de Dios con el hombre. **“Sin fe es imposible agradar a Dios”** (Hebreos 11:6). Es imprescindible tener una plena certidumbre de fe en la conquista de la sangre sobre el pecado y la muerte, lo que nos permite vivir en una profunda comunión espiritual con Dios.

Nuestra certidumbre de fe es la certeza de lo que esperamos y la convicción de lo que no vemos (**Hebreos 11:1**). También debe sostenernos en el hecho de que nuestro gran Sumo Sacerdote nos ha abierto un camino nuevo y vivo por medio de Su sangre. Él no solo nos salva, sino que también intercede diariamente por nosotros, y Su Espíritu Santo nos provee todo lo necesario para una vida plena en Su cuerpo.

La fe viene por el oír la Palabra y crece por medio de ella, pero esto ocurre únicamente cuando recibimos la Palabra como la verdadera y viva voz del Señor. Él dijo: **“Mis palabras son espíritu y son vida”** (Juan 6:63). Por ello, debemos dedicar tiempo de calidad para meditar en la Palabra y atesorarla en nuestros corazones, siempre en dependencia de la impartición del Espíritu Santo.

La Palabra que llevamos al Señor en oración y sobre la cual dialogamos con Él es la que resulta efectiva. Hagamos uso de la fe que tenemos: ejercitándola, declarándola y permitiendo que nuestra fe y confianza en Dios sean la ocupación más importante de nuestra vida. Dios desea hijos que crean en Él, pues la fe está entre las cosas que más le agradan.

Para entrar en el lugar santísimo es necesaria una plena certidumbre de fe. La redención por medio de la sangre de Cristo es tan perfecta y poderosa, Su amor y gracia son tan abundantes, y es tan maravilloso habitar junto a Dios en el lugar santísimo de la intimidad espiritual, que nuestro corazón debe anhelar con todas sus fuerzas apropiarse de estas dádivas que Cristo ha obtenido por Su obra perfecta.

El corazón es el centro de la vida humana, y la conciencia es el núcleo del corazón. Por medio de ella, Dios nos señala cuando algo no está bien en nuestra comunión con Él. Esto no solo incluye nuestros pecados concretos, sino también nuestro estado pecaminoso. Una conciencia buena o limpia, da testimonio de que no solo nuestros pecados han sido perdonados, sino también de que nuestro corazón es sincero delante de Dios.

Aquellos que desean acceder espiritualmente a los ámbitos de profunda intimidad, deben tener corazones purificados de mala conciencia. Es la permanencia de la sangre de Cristo lo que tiene valor ante el Padre. La sangre

de Cristo puede purificar completamente nuestra conciencia para servir al Dios vivo.

Sin embargo, no basta con saber esto. Existe otra enseñanza muy importante figurada en el Antiguo pacto: los sacerdotes que ministraban cerca de Dios no solo eran reconciliados mediante el rociamiento de sangre en el altar, sino que también sus propias personas debían ser rociadas. De manera similar, la sangre de Cristo es aplicada directamente en nuestro corazón por medio del Espíritu Santo, para limpiarnos completamente de una mala conciencia. La sangre quita toda condenación.

La sangre limpia nuestra conciencia, que entonces lleva el testimonio de que la culpa ha sido eliminada por completo y ya no hay separación entre el hombre y Dios. La sangre de Cristo no solo nos limpia de todo pecado, sino también de toda mancha y contaminación que este haya dejado. La sangre evidencia la muerte para la Nueva vida, nuestro pasado fue sepultado y la vida de resurrección comenzó a expresarse, y lo hará cada vez más, hasta el día de la plenitud.

A través de la sangre de Cristo podemos armarnos de poder para que nuestra vieja naturaleza no abra camino al pecado, y para que nuestra Nueva vida, así como una fuente de agua pura, brote en santidad y frutos espirituales. De forma continua, y de manera siempre vigente y maravillosa, la sangre de Cristo purifica continuamente nuestro corazón y

conciencia de pecado. Todo nuestro ser interior es limpiado gracias a esta extraordinaria operación divina.

Honremos la sangre de Cristo confesando delante de Dios, que es quien nos limpia de todo pecado y contaminación. El Gran Sumo Sacerdote, por medio de Su Espíritu Santo, nos hará comprender plenamente el significado y poder de estas palabras. La confesión nos mantiene en justicia y la fe, nos permite recibir la seguridad de dicha justicia.

Ahora bien, ¿qué significa que debemos acercarnos con los cuerpos lavados con agua pura? Nosotros pertenecemos a dos mundos: el visible y el invisible. Tenemos una vida interior, oculta, mediante la cual nos relacionamos con Dios, y una vida exterior con la que nos conectamos con los demás seres humanos. Si estas palabras se refieren al cuerpo, aluden entonces a toda la vida del cuerpo con sus actividades.

El corazón debe ser rociado con sangre, y el cuerpo lavado con agua pura. Cuando los sacerdotes eran consagrados, se lavaban con agua y eran rociados con sangre (**Éxodo 29:4, 20, 21**). Además, al entrar al lugar santo, no solo estaba el altar con su sangre, sino también el agua para purificarse. Cristo vino por agua y sangre: Él se bautizó con agua y luego con sangre (**Lucas 12:50**).

El poder limpiador de la sangre no puede experimentarse a menos que también nos limpiemos de toda

corrupción e impureza de la carne. La obra divina de limpiar, mediante el rociamiento de la sangre, y la colaboración humana al abandonar voluntariamente el pecado, siempre van de la mano.

Debemos estar limpios para permanecer en el lugar santísimo. Así como nunca pensaríamos en presentarnos ante un rey en una condición indigna, no podemos acercarnos a un Dios Santo sin habernos limpiado de todo pecado y contaminación. El lavarnos con agua pura no es una práctica natural que debamos realizar diariamente, es la revelación de apoderarnos de todo lo consumado en la persona de Jesucristo.

¡Gloria a Dios, que Él desea tenernos allí! Como Sus sacerdotes, debemos ejercer nuestro ministerio ante el Padre en adoración, y ante la gente como ministros de la reconciliación (**2 Corintios 5:18**). Él anhela nuestra pureza para que disfrutemos de las bendiciones de los ámbitos de íntima comunión con Su presencia. Además, Él ha provisto los medios para que, a través de la sangre y del Espíritu, podamos ser completamente limpios, pudiendo sostener esa hermosa comunión en todo tiempo. Debemos creer diariamente en esa gloriosa gracia que hemos recibido.

Los ámbitos de profunda comunión espiritual están abiertos incluso para aquellos que aún no se han vuelto sincera y verdaderamente al Señor. Sin embargo, nadie puede acceder a estos lugares sin Cristo, pues Él es el único camino, la única verdad y la única vida. Esto no significa que la obra

no haya sido consumada para todos; el gran problema de los hombres no es una posibilidad vedada, sino su incapacidad para un arrepentimiento genuino.

Esta es la buena nueva del evangelio: debemos predicar sobre los cielos abiertos para todos, y que el arrepentimiento de corazón y el reconocimiento de Jesucristo nos permiten el perdón eterno y la comunión con el Padre ¡Eso es un hecho! Luego, Dios se encargará de tocar el corazón que deba ser tocado, pues esa no es nuestra asignación. Él es soberano, y solo debemos confiar en el poder de Su gracia.

No importa cuán lejos del Señor estén nuestros amigos, familiares o conocidos. La gracia de Dios, que ha abierto un camino nuevo y vivo hacia el lugar santísimo, es más que suficiente para salvar a todos los que se acerquen a Él por fe. Sin embargo, como nadie se acerca por sí mismo, el Señor atrae hacia Él, a quienes extiende Su misericordia.

La invitación debe llegar a todos, pero la vida eterna será para quienes Dios soberanamente determine. No pretendo explicar esto en breves palabras, porque ciertamente es un tema amplio y profundo, pero lo desarrollo en mi libro titulado “Salados por gracia”, libro que recomiendo y está disponible para todos en mi página personal.

Una vez alcanzados por Su gracia, podemos gozarnos en Su presencia. Aun así, no debemos quedarnos satisfechos solo con acariciar la esperanza eterna, sino que debemos

buscar todo lo que Dios tiene para nuestras vidas hoy y vivir con plenitud las arras de nuestra herencia.

Todo aquel que se consagra y que muere voluntariamente a sí mismo, rindiéndose sincera y completamente a Dios, experimentará por medio del Espíritu Santo, todo lo que la Palabra promete. Nuestra debilidad en la fe proviene de una dualidad en el corazón. Acerquémonos con un corazón sincero para que la gracia de Su presencia sea nuestra realidad presente.

Recibamos en nuestro corazón la seguridad del poder perfecto de la sangre, y apartemos todo lo que no esté en conformidad con la pureza que nos habilita para una profunda comunión con el Señor. Deleitándonos en Su presencia, habituémonos a Su convicción y dirección como si vinieran de alguien a quien pudiéramos ver.

Este llamado al disfrute de Su presencia tiene una especial referencia a la oración, no como un monólogo personal, sino como un acto de abandono ante Su presencia. Hay momentos en los que la comunión y el acercamiento a Dios son tan íntimos que el alma y el espíritu se vuelven enteramente a Él para estar únicamente con Él.

¡Cuántas veces nuestras oraciones son solo un llamado distante a Dios! No es sorprendente que estas oraciones carezcan de poder. Acerquémonos al Señor con un corazón sincero y tengamos la certeza de que, antes de orar, ya

estamos en los profundos lugares de comunión, gracias al poder de la sangre.

Acerquémonos con fe sólida en la obra consumada de Cristo y presentemos nuestros deseos al Padre con la seguridad de que cada oración es un ejercicio santo de acercamiento a Dios.

Oremos por nuestros anhelos y necesidades; hagamos también un ministerio eficaz de intercesión por los demás. Sin embargo, no perdamos de vista nuestra máxima asignación: “deleitarnos en Su presencia”. Quienes pueden morar en el lugar santísimo a través del poder de la sangre no deben descuidar este privilegio.

Permitamos que la revelación del “lugar santísimo” del Antiguo Testamento, sea nuestro ámbito de profunda comunión con el Señor. Que sea el lugar donde las verdades eternas se conviertan en realidades presentes; la fuente de vida que nos sustenta, que nos llena de fortaleza, que nos reviste de triunfo y que nos cubre con Su gloria.

¡Cómo me alegro en el Señor!

Me lleno de gozo en mi Dios, porque me ha brindado su salvación, ¡me ha cubierto de victoria!

Soy como un novio que se pone su corona o una novia que se adorna con sus joyas.

Porque así como nacen las plantas de la tierra y brotan los retoños en un jardín, así hará el Señor que brote su

*victoria y que todas las naciones entonen cantos de
alabanza”.*

Isaías 61:10 y 11 DHH



RECONOCIMIENTOS

Oswaldo Rebolleda:

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Rodolfo Arnedo:

Al que me inspira, me direcciona, me guía, me da revelación y me contiene. **¡Gracias Espíritu Santo!**

A mi esposa Ginesa que hace 46 años que juntos peleamos todas nuestras batallas.

A mis hijas Raquel y Natalia, mis yernos Darío y Mosisés, y mis cuatro nietos, Jaaziel, Lisette, Mateo, y Anette.

A mis consiervos y hermanos en la fe, por todo lo que me enseñaron, y me siguen enseñando aún.

Al Apóstol Osvaldo Rebolleda, compañero de milicia, maestro, pastor, y amigo personal. Agradecido y honrado de poder compartir las páginas de éste libro.



Para la realización de este libro, hemos tomado muchos versículos de la Biblia en diferentes versiones. Así como también hemos tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros escritos de referencia. Lo hacemos con libertad y no detallamos cada una de las citas, porque tenemos la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, justamente son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamamos la autoría o el derecho de nada. Este libro se podrá bajar gratuitamente en la página www.osvaldorebolleda.com y en cualquier otra plataforma que determine compartirlo. Todos lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Maestro

Oswaldo Rebolleda



El maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de
Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

Apóstol
Rodolfo Arnedo



El Apóstol Rodolfo Arnedo, es Bachiller en Teología, con 25 años de experiencia en la labor ministerial pastoral, magisterial, y apostólica. Junto a su esposa iniciaron cinco obras desde el living de una casa, y levantaron 19 matrimonios al ministerio pastoral.

Actualmente lleva sus prédicas y enseñanzas a diferentes lugares e iglesias.

Tiene un programa radial muy escuchado los días miércoles a las 10 y 30 hs en F.M. Manantial de Vida Caleta 90.5 Caleta Olivia Santa Cruz. Programa titulado: “A la luz de la Palabra”.

Es esposo, padre de dos hijas y cuatro nietos.

Mail: rolex1861@gmail.com

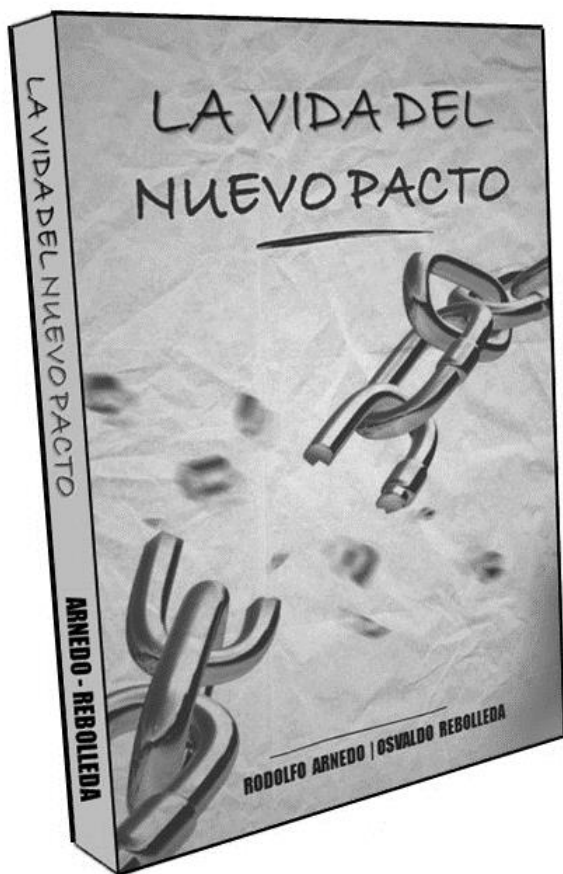
WhatsApp: +54 9 2976 24 3771

Este libro de *Rodolfo Arnedo y Osvaldo Rebolleda*

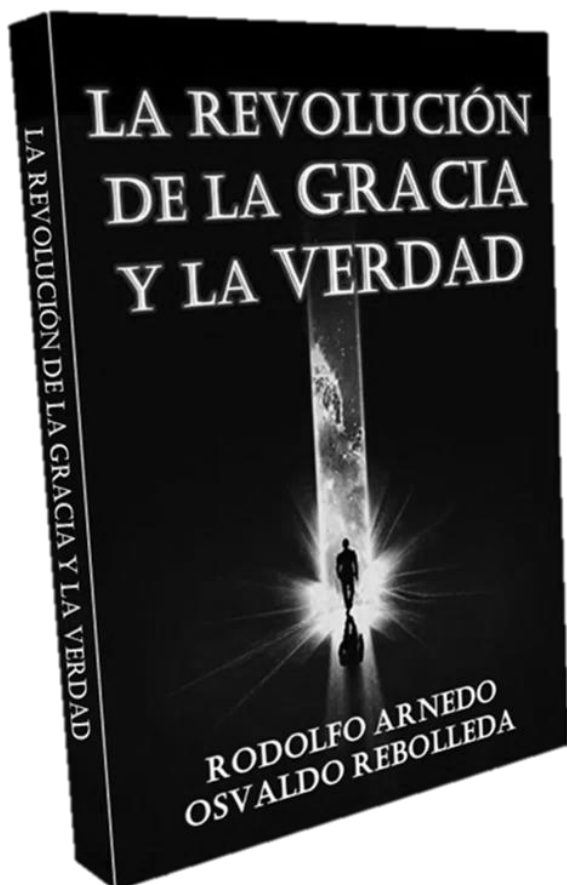
También puede ser bajado gratuitamente

Desde le página **www.osvaldorebolleda.com**

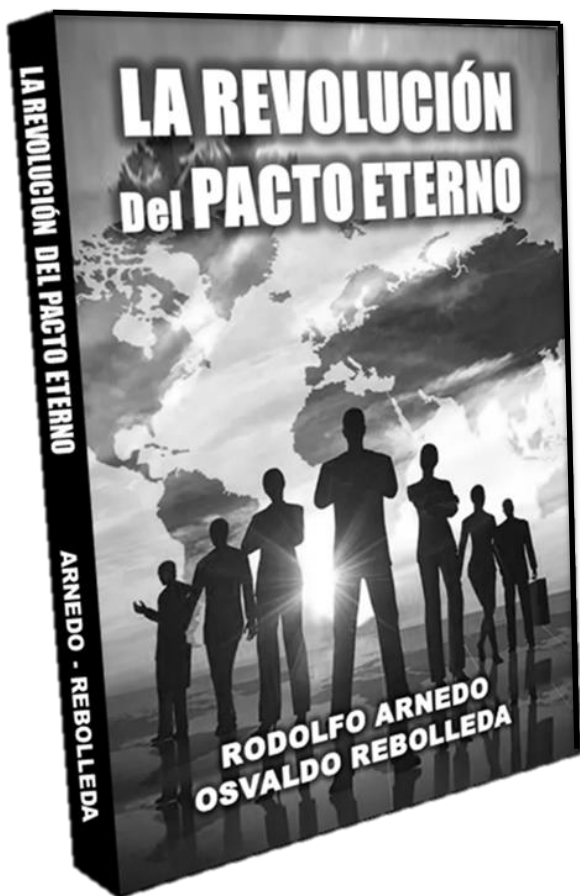
Y desde cada plataforma que determine compartirlo, la idea es bendecir a todo el pueblo de Dios.



Este libro de *Rodolfo Arnedo* y *Oswaldo Rebolleda*
También puede ser bajado gratuitamente
Desde le página **www.osvaldorebolleda.com**
Y desde cada plataforma que determine compartirlo, la idea
es bendecir a todo el pueblo de Dios.



Este libro de *Rodolfo Arnedo y Osvaldo Rebolleda*
También puede ser bajado gratuitamente
Desde le página **www.osvaldorebolleda.com**
Y desde cada plataforma que determine compartirlo, la idea
es bendecir a todo el pueblo de Dios.



“Este libro contiene un recorrido magistral, sobre la gracia en el poder revelado de la cruz. Contiene dos enfoques absolutamente claves. Por un lado, las virtudes de la obra consumada en el Calvario. Por el otro, la revelación de la cruz aplicada en la vida de la Iglesia presente. Sin duda, es una herramienta que todo pastor y líder deberían leer...”

